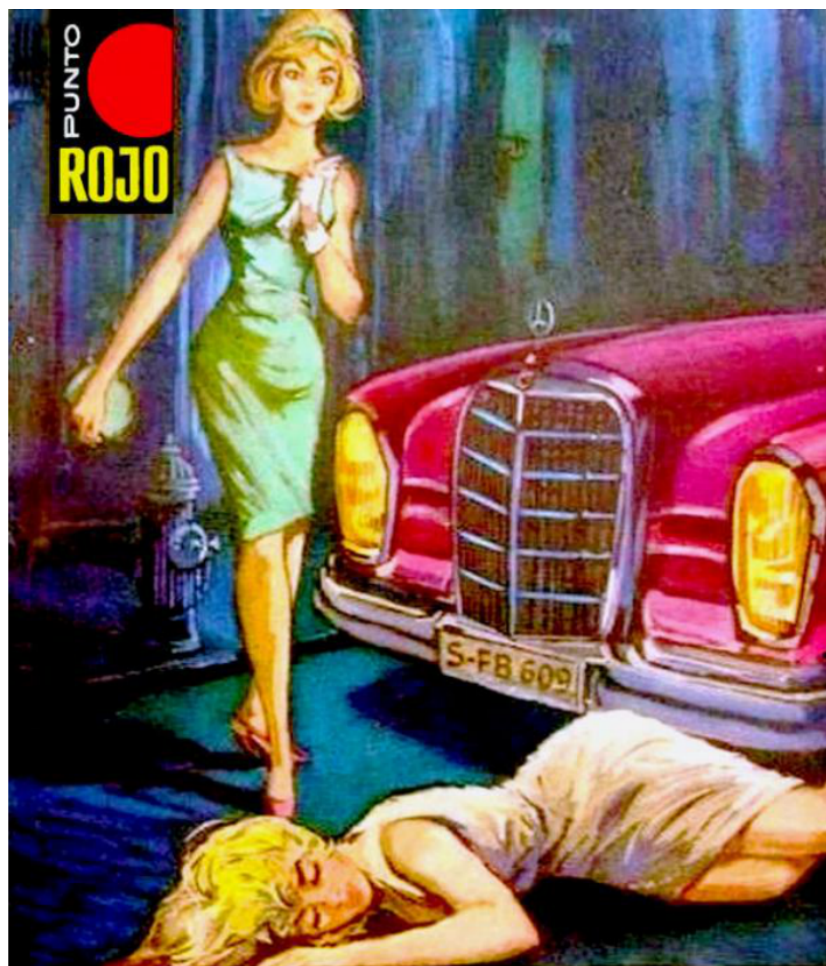


PUNTO

ROJO



CHANTAJE PARA MI ESPOSA

joe mogar

BB

JOE MOGAR

**CHANTAJE
PARA MI ESPOSA**

Colección PUNTO ROJO n.º 82
Publicación semanal
Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ

DEPOSITO LEGAL B 20.459 - 1963

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.ª EDICION - NOVIEMBRE 1963

© JOE MOGAR - 1963

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963**

N. R. 5157/63

CHANTAJE para mi ESPOSA



CAPÍTULO PRIMERO

La costumbre de llegar tarde a mi casa era ya inveterada en mí. Desde niño. Desde siempre.

Ahora, lo que no me cabía en la cabeza, es que Liz Sheldon, mi esposa, tuviera también la costumbre de esperarme levantada, aun en contra de mi voluntad.

Pero aquella noche Liz no estaba esperando. No estaba en la casa. Esto lo aprecié de un solo vistazo, apenas puse los pies en ella.

Los minutos que tardé en colgar el sombrero y la trinchera.

Después miré en torno, una vez más, y entonces crucé el *hall*, *luego un par de habitaciones y fui a parar a la salita de estar.*

Liz tampoco estaba allí. Tampoco se notaba su tenue perfume. Un perfume que yo conocía sobradamente.

Fruncí el ceño y abandoné la salita de estar, pensando que Liz podía muy bien haberse acostado.

Con este pensamiento en la mente me encaminé ahora directamente hacia el dormitorio.

Entré.

Liz tampoco estaba allí.

Durante unos segundos clavé mis ojos en la cama, la cual no tenía señales de haber sido usada, y luego los desvié por el resto de la habitación buscando algún indicio que me indicara a dónde había ido.

No lo había.

Ni una nota, ni un simple papel, nada.

Suspiré, di media vuelta y me encaminé rectamente a la cocina, buscando la cena. No estaba hecha.

De nuevo con el ceño fruncido me la preparé yo mismo, y quince minutos más tarde empecé a cenar. Terminé sin que Liz hubiera hecho acto de presencia.

Entonces, me puse en pie, tomé un cigarrillo, de la pitillera y lo

encendí. ¿Dónde diablos habría ido mi mujer?

Consulté el reloj camino de la puerta y salí al jardín que rodeaba la quinta donde vivíamos.

Después, asaltado de una súbita idea, la rodeé y me encaminé al garaje, situado en la parte trasera de la misma.

Como esperaba, el coche de Liz no estaba allí. Esto hizo, supongo yo, que mi ceño se volviera tormentoso.

Allí también busqué algo. Algo que me dijera lo que Liz estaba haciendo.

No encontré nada. Por lo tanto, sumamente pensativo, inicié el regreso justo en el momento en que hasta mis oídos llegaba el zumbido del motor de un coche lanzado a buena velocidad.

Abandoné el garaje pensando que era Liz que regresaba, y no me equivoqué.

Viniendo por el ancho camino que enlazaba la quinta con la carretera 53 Oeste, a pesar de que los faros casi me deslumbraban, creí distinguir el descapotable de Liz.

Esperé a que llegara.

Fueron un par o tres de minutos, antes de que Liz apretara el freno para detener el «Mercedes» frente a mí.

No me moví del sitio. No lo hice tampoco cuando ella abrió la portezuela para descender del coche.

Casi al instante surgió su hermosa pierna derecha, en toda su profusión, enfundada en media de nylon, y después la otra. Luego apareció ella.

Continué sin moverme mientras Liz cerraba ahora la portezuela. Mirándola como siempre, como si no la hubiera visto nunca.

Merecía la pena mirarla, palabra.

Liz era casi tan alta como yo. Hermosa, y con una fachada que mareaba por sus curvas.

De veinte años de edad, Liz era la hermosura personificada. Rubia, y de intensos, grandes y rasgados ojos azules. La frente amplia, la nariz recta y fina encima de una boca de labios húmedos y furiosamente rojos.

Llevaba un vestido verde claro ceñido a su cuerpo de diosa como si se tratara de una segunda piel, y por lo tanto moldeaba todas y cada una de sus maravillosas curvas.

Escote en forma de «v» dejando entrever el nacimiento de su

pujante y audaz seno. Corto, dejando casi al descubierto las perfectas rodillas, y la piernas hermosas, largas y bien torneadas.

Mirándola, cuando se volvió hacia mí, supe que estaba nerviosa. Vi también cómo vacilaba y después, al segundo siguiente, vino a mis brazos buscando mi boca a continuación.

Pero no me besó como siempre.

Aunque se apretó contra mí, y su beso nos dejó sin aliento a los dos, sus labios estaban fríos. Como toda ella.

Finalmente se separó de mí y entonces la miré a los ojos. Liz intentó forzar una sonrisa, después se abanicó con sus largas y sedosas pestañas, pero no desvió sus azules ojos de los míos.

Pregunté, y al hacerlo, supe que ella ya estaba esperando la pregunta:

—¿De dónde vienes a estas horas, monina?

Ahora sí que consiguió sonreír. Acto seguido hizo un delicioso mohín con los labios y luego se colgó de mi brazo antes de replicar:

—¡Oh, de por ahí! Me tropecé con unas amigas y se me hizo tarde. Me perdonas, ¿no, querido?

Sonrió de nuevo, y ahora su sonrisa me produjo cosquillas en la nuca.

Liz era así.

Lo había sido desde el primer momento en que la conocí. Lo fue mucho después, cuando le robé su primer beso. Por esto mismo, a pesar de su sonrisa, supe que había algo más, pero que ella no lo diría a menos que yo la obligara a ello.

Y no lo deseaba en modo alguno.

Por lo tanto repliqué:

—¿Por qué no, dulzura?

Se soltó de mí y en el acto tuve sus brazos en mi cuello. Me besó de nuevo, y noté, en contraste con su beso anterior, que ahora sus labios eran de fuego. Como toda ella.

Pero también noté que temblaba entre mis brazos, y que su temblor no era, ni mucho menos, el que yo solía percibir en ella.

No dije nada, empero.

Fue después, mucho después, ya en nuestro dormitorio, cuando la enfrenté mientras se soltaba la hermosa mata de pelo rubio como el oro.

—¿Qué ha ocurrido, Liz?

Estaba frente al espejo, de espaldas a mí, y claramente noté cómo sus hermosos y redondos hombros se estremecían. Después se volvió y clavó en mí sus adorables y misteriosos ojos.

—¿Qué pretendes decir, querido?

Inicié una leve sonrisa y repliqué a continuación:

—Nada, Liz. Me doy por vencido. Por lo tanto, no merece la pena hablar más de ello. ¿No lo crees tú así?

Durante unos segundos Liz no se movió ni sus ojos cambiaron de expresión. Luego dijo:

—Sigo sin entenderte, Red.

—¿Tú crees? —Hice un gesto atajándola cuando iba a replicar y añadí—: Es muy tarde para discutir ahora, Liz. Por otra parte tengo un sueño de mil diablos.

Liz continuó mirándome durante unos cuantos segundos, al cabo de los cuales exclamó:

—¡Pero, Red! ¿Es que tienes celos de mí, tonto?

Antes de que pudiera mandarla a alguna parte nada agradable, Liz corrió hacia mí y de nuevo noté sus brazos en torno a mi cuello y la brasa de su boca sobre mis labios.

Y ahora no tembló entre mis brazos a pesar de que noté que no era la misma de siempre.

¿Qué había cambiado en Liz? ¿O era yo el que había cambiado con respecto a ella?

No pude contestarme a ninguna de las dos preguntas, tal vez porque no tenía respuestas a ellas, o tal vez porque Liz no me dejó hacerlo.

Liz continuaba durmiendo cuando abandoné la quinta y di la vuelta a la misma para acto seguido encaminarme al garaje.

Ya en él me acerqué al descapotable. Sin saber por qué lo examiné por todos lados. Luego abrí la portezuela y miré con curiosidad el interior.

Fue una colilla, la punta de un cigarrillo, lo que me hizo respingar sobre mis pies lo mismo que si me hubieran aplicado un mazazo en plena mandíbula.

Una colilla caída junto al asiento delantero, justo al lado del correspondiente al conductor. En fin, una colilla de una clase de cigarrillos que no había visto nunca fumar a mi esposa, y una abolladura en uno de los guardabarros.

Entonces registré la parte posterior del coche.

Nada. Ni polvo, ni la más leve señal de ceniza. Por lo tanto cerré la portezuela y acto seguido me encaminé a mi coche.

Con el pensamiento hecho un verdadero caos emprendí el camino hacia Nueva York, llevando dentro de mí el pleno convencimiento de que Liz no me había querido decir nada. De que me había mentado.

No, Liz no había estado con sus amigas tal y como me dijo. Su acompañante de la noche anterior había sido un hombre. ¿Quién? No lo sabía, pero tenía el pleno convencimiento de que no me equivocaba.

¿Por qué?

Sin lograr responderme a esta pregunta alcancé Nueva York por el puente de Brooklyn.

Media hora más tarde detenía el coche en la calle 16, una cuadra antes de llegar a su cruce con Broadway.

Lo aparqué en la playa de estacionamiento y cuatro minutos más tarde, ya en el ascensor, pulsé el botón correspondiente al piso donde tenía mi agencia.

La muchacha era joven, pelirroja, y me estaba esperando.

CAPÍTULO II

En la puerta.

Recostada contra el marco de la misma, con un cigarrillo en la mano derecha. Una mano bien cuidada y de largas y nacaradas uñas.

Me cortó el resuello al verla.

Endiabladamente hermosa, tenía sobre sí misma todo lo que una mujer pueda tener para halago de la vista. Sus piernas, fantásticas, envueltas en malla, me hicieron recordar a Liz.

Alta, casi como ella. Ojos pardos, dos hoyuelos en las mejillas, la nariz fina, y una boca que deseé besar apenas verla, y a despecho de Liz.

Erectos y pujantes los senos, caderas de ánfora y estrecha cintura.

En resumen, la mujer, una muchacha más bien, era un verdadero bombón con una fachada imponente.

Me acerqué mirándola con atención. De pies a cabeza, con todo descaro. Claro que yo no tenía ni la más leve culpa de que ella tuviera tantas cosas que mirar.

Ella también me miraba, pero apartó sus pardos ojos de los míos cuando estuve más cerca. Sin embargo, no lo hizo del marco de la puerta, donde continuaba apoyada, por lo que pregunté apenas llegar a su lado:

—¿Me permite, *miss*...?

Rápidamente volvió la cabeza y clavó sus brillantes ojos en los míos.

Después los desvió hacia la placa. Acto seguido levantó su bien torneado brazo y dijo cuando yo ya tenía las llaves en la mano:

—¿Usted es... ese pesquiza? —se cortó en seco, pero añadió a continuación, un tanto precipitadamente—: Perdone, pero si es así, deseo hablar con usted.

—Efectivamente —repliqué—. Soy Red Sheldon, tengo veintisiete años, mido seis pies y algunas pulgadas, el peso lo ignoro; ojos grises y pelo negro. Mi cuerpo no es el de un alfeñique ya que estoy acostumbrado a la vida al aire libre y a los de...

Me atajó con un gesto y callé, sin dejar de mirarla.

Una hermosa mujer como pensé al segundo de verla. Más si cabe que la propia Liz, pero con otra clase de belleza.

Pero no hice comentarios. Simplemente me dispuse a decir algo, pero ella se adelantó a mi intención.

—Por favor, míster Sheldon —dijo—, no se burle de mí, aunque estoy segura de habérmelo merecido.

Tampoco comenté aquello. Simplemente me limité a replicar:

—Pase conmigo, ¿quiere?

Entró inmediatamente detrás de mí, mirando a un lado y otro de mi cómodo despacho mientras yo rodeaba la mesa.

Pero no me senté de momento.

—Síntese, *miss*... ¿quiere? —Fue lo que dije.

—Me llamo Della Madigan, míster Sheldon —replicó a mi insinuación—, y quiero hablar con usted.

Acto seguido se dejó caer sobre uno de los sillones, frente a mí, mientras que yo pensaba que aquella frase ya la había oído otra vez. En la puerta, y apenas supo quién era yo.

Después se retrepó contra el respaldo del sillón, levantó la pierna derecha para cabalgarla sobre la otra y vi las blancas puntillas de su encaje ahora por encima de más de medio muslo.

Estuve a punto de lanzar un silbido como el de la locomotora de un tren de vapor, pero me callé, aunque una vez más en mi vida se me cortó de nuevo el resuello, ante aquel impresionante e inesperado espectáculo que me ofrecía.

Mientras la miraba, ella abrió el bolso y sacó un cigarrillo que encendió de inmediato.

Esperé a que lanzara la primera bocanada de oloroso humo y entonces pregunté, en vista de que continuaba mirándome completamente callada:

—¿Y bien, *miss* Madigan?

—Se trata de mi hermana, míster Sheldon —replicó.

Y noté que al hablar de ella su voz se volvía oscura.

—Veamos —dije—. Explíquese, ¿quiere?

Sin dejar de mirarme a los ojos replicó:

—Creo que la han matado. Por lo tanto deseo que se haga cargo del asunto.

A continuación descruzó las magníficas piernas y respiré con dificultad a punto de perder la noción del tiempo y del espacio. ¿No se dice así?

—Dígamelo todo, ¿quiere? —Pude articular al cabo de unos segundos.

—A eso voy. Mona es, o era, una de las coristas del «Nevada». Anoche, como todas ellas, salió del club después de su actuación, y sobre las tres de la madrugada. No volvió a casa. Aún no ha vuelto, míster Sheldon.

Respiré fuerte y acto seguido repliqué:

—Puede volver hoy mismo, *miss* Madigan. Puede que esté con algún amigo.

Me miró con los ojos brillantes y cargados de rencor, y luego se puso en pie de un salto.

—¡Oiga, pesquisa...! —empezó.

Pero al instante calló, para añadir a continuación y después de una corta pausa, ahora con entera suavidad:

—Mona no es de ésas, míster Sheldon. Puede estar seguro de ello.

A pesar de esta suavidad final, adiviné que Della Madigan estaba furiosa. Muy furiosa, pero no hice caso de ello.

Por lo tanto extendí el brazo y señalé el sillón que tan violentamente acababa de abandonar.

—Siéntese y no pierda la calma, monada —dije.

Me miró dudando, pero al fin obedeció mi indicación. No cruzó las piernas, lo que fue una lástima. Pero una lástima para mí, se entiende.

—Bien, su hermana no es de ésas —añadí apenas si se hubo sentado—. Completamente de acuerdo. Ahora, sabiendo esto, ya tenemos el primer punto a su favor, *miss* Madigan. Pero a pesar de ello, ¿qué le hace suponer que la han matado?

La respuesta de ella vino a mí con la misma rapidez que una bala.

—Esta madrugada, muy cerca del «Nevada», un «Mercedes» descapotable atropelló a una mujer. No se sabe nada de la

atropellada ni del coche que lo hizo. Mona, que no ha vuelto a casa, puede ser esa mujer, ¿no?

De nuevo respiré con dificultad y ahora no fue por sus piernas. Vuelvo a decir «palabra», ya que es lo único que puedo hacer para que se me crea.

Después pregunté, y bien a mi pesar noté que mi voz era ronca:

—¿Cómo sabe todo eso?

—Hice averiguaciones antes de venir aquí, míster Sheldon —replicó—. Por eso sé que la Metropolitana ignora aún ese atropello.

Calló y empezó a fumar. Por mi parte dejé pasar unos cuantos segundos en el más completo silencio y después repliqué:

—¿Qué más, *miss* Madigan?

—Me he pasado la noche al pie del teléfono —replicó ella—. En el Departamento de Accidentes no está. En la Morgue tampoco. Igualmente en lo que se refiera a clínicas y hospitales. Mona ha desaparecido, al parecer tragada por la tierra.

Su voz continuaba siendo tranquila, pero en lo más profundo de ella noté un leve temblor de angustia.

Extraje la pitillera del fondo de uno de mis bolsillos, y sin dejar de mirarla encendí un cigarrillo.

Después de esto pregunté:

—¿A qué hora ocurrió el atropello?

Della Madigan me miró ahora con los ojos muy abiertos.

—Creí que lo había comprendido ya, míster Sheldon —replicó fríamente.

—Lo comprendí, pero deseo oírsele decir a usted, *miss* Madigan —repliqué a mi vez.

—Fue... Bueno, la hora exacta no la sé, como comprenderá, Pero ocurrió sobre las tres y cinco o las tres y quince de la madrugada. Una hora en que Mona estaba o debía de estar en la calle. ¿Comprende?

Durante unos segundos mi cerebro trabajó a marchas forzadas.

Pensaba en muchas cosas.

Pensaba en Elizabeth y en muchas cosas más.

La pregunta de Della Madigan cortó en seco el hilo de estos pensamientos, y en la parte más importante de ellos.

—¿Qué piensa hacer, míster Sheldon?

Vacíé en dar la respuesta pero sólo fue cuestión de unos

segundos.

—Voy a hacerme cargo de su asunto, *miss* Madigan —afirmé.

—¿Sus honorarios...?

Hice un gesto con la mano, atajándola.

—Después hablaremos de eso, *miss* Madigan —repliqué—.

Ahora sólo deseo hacer unas cuantas preguntas.

Sin dejar de mirarme a los ojos, con una mirada que me desasosegaba, replicó:

—Dispárelas, pesquisa. Le contestaré a ellas si puedo.

—De acuerdo, preciosa —repliqué—. Ahí va la primera de ellas.

¿Ha faltado su hermana alguna noche de casa?

—No, nunca.

—¿Algún hombre en su vida?

—Le he dicho que...

—¡Ya lo sé! —Ataje en seco—. Pero no me refería a un «*affaire*» con nadie. ¿Había alguno, sí o no?

—No. No que yo sepa. Si hubiera sido así lo sabría. Mona no tenía secretos para mí. Me lo explicaba todo.

—Está bien. Voy a hacerle un par de preguntas más y con esto creo que por ahora ya tengo suficiente. ¿Cómo supo que hubo un atropello esta madrugada?

Della no vaciló un segundo en replicar. Se diría que ya tenía la respuesta preparada de antemano.

—Sheila Dexter, una amiga de ambas, me lo dijo. Ella lo vio apenas salir del «Nevada». Vio el atropello y que la atropellada era una mujer, pero no cayó en la cuenta de que fuera Mona. Por lo tanto, y para evitar verse envuelta en más o menos molestias, en los interrogatorios policiales, se marchó de allí sin esperar a saber el resultado del mismo.

—¿La tal Sheila Dexter es también una de las...?

—Sí. Trabajaba con mi hermana —me atajó antes de que yo pudiera terminar la recién comenzada frase.

—Entonces sospecho que tampoco vio el número de la matrícula del coche, ¿verdad?

—No, no lo hizo. Lo único que Sheila deseaba en aquel momento era huir. Desaparecer de allí, ¿comprende, míster Sheldon? La policía, en estos casos, se muestra excesivamente molesta.

Della se puso en pie al terminar de hablar.

—¿Algo más, míster Sheldon? —preguntó.

Había una pregunta, una sola, pero por lo indiscreta no la hice.

—No, nada más. Es decir, sí —rectifiqué—. ¿Dónde puedo verla a usted?

—Tengo mi apartamento en el 8004 de la calle Veintitrés Este. Puede ir a verme cuando guste. ¿En cuanto a sus honorarios...?

La miré de pies a cabeza. Merecía la pena ir a verla, y no porque hubiera desaparecido su hermana, sino por ella misma.

—Cobro diez dólares diarios más los gastos, encanto —repliqué contestando a su pregunta final.

En el acto abrió el bolso y sacó un billete de quinientos.

—Le daré cien más gastos y una prima al final —dijo depositándolos encima de la mesa, con lo que al inclinarse, su pródigo escote quedó por unos segundos a la altura de mis ojos—. Pero quiero resultados. ¿Cuándo empezará?

—He empezado ya, monina —dije desviando los ojos para no ver lo que no debía, y mientras ella enderezaba ahora el busto—. Si obtengo algo positivo que comunicarle iré a verla a su casa. ¿Hasta qué hora está visible?

Della hizo un mohín y replicó:

—Para usted, y siendo por causa de Mona, a cualquier hora del día o de la noche.

Aquello era delimitar los campos, y así lo comprendí yo.

—Completamente de acuerdo, *miss* Madigan —fue lo que repliqué.

A continuación, Della me estrechó la mano y se despidió con una luminosa sonrisa. Y se fue dejando en mí el deseo insatisfecho de besarla.

Y que conste que en aquel entonces no pensaba en Liz ni mucho menos.

Quedé solo con los ojos clavados en la puerta que acababa de cerrar a su espalda. Después la desvié hacia el teléfono y por último me dejé caer sobre uno de los sillones.

Abrí el cajón de la mesa, saqué la botella de *whisky* y bebí un trago.

Iba por el segundo cuando apareció Liz.

Me levanté al verla mientras ella rodeaba la mesa para besarme

a continuación.

Liz, en materia de besos, era una cosa seria. Por lo tanto, nada tiene de extraño que ambos perdiéramos el resuello y la noción de todo cuanto nos rodeaba.

Cuando lo recobré, ella estaba husmeando el ambiente con los ojos fijos en el billete de quinientos dólares. Husmeándolo, lo mismo que un perro de caza. Sí, ésa era la palabra exacta: husmeándolo.

Luego me miró y adiviné la pregunta mucho antes que la formulara.

—¿Quién es la pájara, Red?

—¡Liz!

Empezó a reír echando la cabeza hacia atrás, mostrándome el desnudo de su blanca y alabastrina garganta, con lo que olvidé a Della Madigan, y con ella todo lo demás.

CAPÍTULO III

Pero Liz me lo recordó tan pronto como se apartó de mis brazos, jadeando. Con los pujantes senos alentando trabajosamente, y yo deseando tenerla de nuevo junto a mí.

—¿Quién era, Red?

—Una mujer —dije.

—Eso ya lo sé. ¡Si lleva un perfume que apesta, querido! ¡Oh! ¿Pero quién es ella?

¿Simple curiosidad femenina, o había algo más?

Sin poder contestarme a la pregunta, por lo menos de una manera concreta, repliqué:

—Se llama Della Madigan, y cree que han matado a su hermana.

Liz se sentó en el brazo del sillón que yo ocupaba y extendió delante de mis ojos la maravilla de sus piernas envueltas en bien relleno nylon, antes de pasar uno de sus brazos en torno a mi cuello, como tenía por costumbre.

—Cuéntamelo todo, querido —dijo—. ¿Quieres?

La miré atentamente antes de replicar.

—Hubo un atropello esta madrugada pasada, Liz —dije un tanto secamente y sin dejar de mirarla—. Alguien, conduciendo un «Mercedes» descapotable, atropelló a una de las coristas del «Nevada», sobre las tres y cuarto. Nadie sabe qué fue del coche ni de la mujer atropellada. ¿Qué te parece?

Continué mirando su rostro.

Impasible como el de una esfinge, si no se tiene en cuenta el frunce de su bonito ceño.

—Y... ¿qué quería de ti?

—Que investigue el asunto, Liz. Ella misma me ha dicho que ni la policía sabe nada de dicho atropello, ni en los hospitales y clínicas hay rastro de su hermana.

Liz continuaba pensando. Eso era obvio para mí.

Repentinamente, exclamó:

—¿Cómo es posible esto, Red?

Sonreía, a pesar de no tener ganas de hacerlo. Después repliqué:

—Escucha, monina. El que fuera, se vio repentinamente solo, en medio de la calle, con el cadáver de una mujer a la que acababa de atropellar, ¿comprendes? Por lo tanto, nada más fácil, y para evitar posteriores complicaciones, que arrastrarla hasta el interior del coche, largarse de allí, y luego esconder el cadáver.

Liz continuó pensando. Luego replicó:

—¿Y dónde, querido?

—En el Hudson, pongo por caso —repliqué.

—¡Pero, Red...!

La miré de nuevo, desde la puntera de sus zapatos de alto tacón hasta la punta de su rubio cabello, y luego pregunté:

—¿Por qué no, monina?

Me hizo un guiño y cambió de conversación con una pregunta:

—¿Por qué no nos vamos a comer por ahí, querido? Nos fuimos.

El descapotable de Liz estaba aparcado frente a la puerta, en la acera opuesta. Nos dirigimos a él, y mis ojos fueron una vez más a la abolladura del guardabarros delantero izquierdo.

La miré de soslayo.

Su cara alegre y sonriente, como siempre que estaba a mi lado, nada me dijo.

Subimos y ella me besó justo en el momento en que me instalaba a su lado. Después tomó el volante y nos alejamos de, allí, hacia uno de los muchos restaurantes de la Quinta Avenida.

Fue al terminar de comer cuando miré el reloj.

Liz clavó sus suspicaces ojos en mí y acto seguido me preguntó:

—¿Tienes prisa, querido?

La miré a mi vez apartando los ojos de la esfera del reloj.

—Tengo una cita, monina —repliqué.

Sonrió con el gesto más inocente del mundo y después soltó una nueva pregunta:

—¿Con una mujer, amor?

—Sí.

—Concretando: ¿con Della Madigan? Dijiste que se llamaba así, ¿no?

—Sí. Pero no es con ella la cita. Esta de ahora se llama Sheila, y

es, como Mona Madigan, una corista del «Nevada».

—¡Pero, Red! ¡Qué estás casado, querido!

Estuve a punto de mandarla al cuerno o a otro sitio peor, pero opté por callar poniéndome en pie.

—¿Ya te marchas?

Era una pregunta sencilla en demasía. Pero ¿era alivio lo que se notaba en su voz? ¿Acaso alegría?

—Sí —repliqué—. Ahora mismo.

Me imitó poniéndose a su vez en pie, se colgó de mi brazo, y a continuación me acompañó a la puerta. En el umbral de la misma pregunté encarándola:

—Y tú, monina, ¿qué vas a hacer?

Igual que siempre, Liz hizo una deliciosa mueca con los labios y acto seguido replicó:

—No lo sé, pero creo que iré a ver a unas amigas.

Sin saber cómo ni qué me impulsaba a ello, me encontré preguntando:

—¿Con las mismas de esta madrugada, Liz?

Igual que en todo momento, su rostro no sufrió alteración alguna. Su voz también sonó firme cuando preguntó a su vez:

—¿Por qué no. Red?

—¡Oh! Por nada, monina.

Unos minutos más tarde me despedí de ella. Media cuadra más abajo del restaurante tomé un taxi, que me condujo a mi agencia. En la puerta de la misma me puse al volante de mi coche y tomé la dirección del «Nevada».

Entré, y caminé rectamente hacia la barra. Acto seguido me acomodé en uno de los altos taburetes y pedí un *whisky*, pensando en Cora Grey.

Cora era la estrella, la preferida del «Nevada». La conocía de vista, como a casi todas las mujeres que más o menos tenían relación con algún club nocturno. Con algún *cabaret*.

Pero Cora, sus piernas, su todo, no estaba visible en aquel momento.

Por otra parte, tampoco me importaba. Había ido allí porque deseaba entrevistarme con Sheila Dexter. Eso era todo por el momento.

Repentinamente pensé en Liz, y continué pensando en ella

mientras daba comienzo el espectáculo.

Esperé a que acabara y entonces pedí otro *whisky*. Mientras me lo servían, pregunté al *barman*:

—¿No ha venido Sheila Dexter?

El tipo me miró como si yo descendiera de la luna, o poco menos.

Luego sonrió y contestó con otra pregunta:

—¿Es que no la ha visto actuar?

—No la conozco, ni aun de vista —confesé con una sonrisa—. ¿Quiere darle esto?

Escribí unas palabras en el dorso de una tarjeta de visita y se la entregué acompañada de un billete de diez dólares que él hizo desaparecer en el acto.

—Haré lo que pueda —replicó.

Y se alejó del mostrador, cuya clientela escaseaba en aquel momento.

Le vi reaparecer a los pocos minutos, pero no se acercó a mí. Continué pensando.

En Liz, en Della, en aquella Sheila que había sido testigo silencioso de un atropello.

Hasta que una mano suave como la seda me tocó el brazo.

Me volví de lado para mirar y estuve a punto de caerme de espaldas.

Un bombón. Algo que no sabía ni podía calificar por lo hermoso. Liz, Della, y otras muchas que yo conocía, incluso Cora Grey, tenían muchas cosas, pero Sheila Dexter les daba ciento y raya a todas.

De cualquier lado que se le mirase, Sheila Dexter merecía la pena.

También era rubia. Lo mismo que Liz. Sólo que Sheila tenía los ojos verdes. De un verde intenso, brillante, sensual y maligno.

Una corista.

Y vistiendo como una corista en escena, sencillamente cortaba el resuello, aun sin que ella se lo propusiera. Eso era todo, además de unas fantásticas y morenas piernas envueltas en su totalidad en medias negras de malla.

—¿Míster Red Sheldon? —preguntó después de lanzarme una sonrisa.

Recobré el resuello y, con él, el habla.

—Yo mismo, ricura —logré articular—. Siéntese aquí, ¿quiere?

Se subió encima del alto taburete y a continuación balanceó sus magníficas piernas delante de mis ojos.

Estaba Liz, pero aquella mujer tenía un algo que fascinaba. Y no era por su fantástica anatomía.

Era algo... difícil de definir.

Habló mucho antes de que yo lograra coordinar mis ideas.

—Usted es uno de esos privados, ¿no? Un pesquisa... —Hizo una pausa, sonrió, pidió *whisky* y preguntó a continuación—: ¿Qué desea de mí?

Bebí un poco del mío antes de replicar. Después dije:

—Hablar de cierto atropello, monada.

Aunque su rostro no se alteró, Sheila miró en torno. Luego clavó el verde de sus ojos en los míos y entonces dijo:

—Creo, pesquisa, que sería más conveniente hablar en otro sitio, y no aquí. Vivo en la 8 West Street en el número 8540. ¿Qué le parece si me hace una visita esta madrugada, después de que yo salga de aquí?

La miré suspicaz, pero su rostro impasible y bello solo me dijo que ella ya no diría más por el momento.

Asentí con un mudo gesto de cabeza y bebí un poco mientras sonreía.

Después, al terminar de beber, pregunté:

—¿No puede adelantarme algo, Sheila? Comprenda que no puedo perder el tiempo. Vivo de eso, ¿comprende?

Sonrió de nuevo, y ante su sonrisa perdí de nuevo el resuello. Después replicó lentamente y con todo desparpajo:

—Conmigo ningún hombre pierde el tiempo, míster Sheldon, y no creo que usted fuera el primero. Pero dejemos eso. —Hizo una pausa y añadió—: Sólo voy a decirle que va a llevarse una buena sorpresa, pesquisa. Pero tendrá que pagar para ello. Diez de los grandes —bebió hasta apurar el *whisky* que tenía en su vaso y a continuación agregó—: Precisamente son los que me faltan para comprarme un buen coche. ¿Qué le parece un «Mercedes» descapotable?

Solté un respingo sobre el taburete.

A continuación fui a replicar, pero Sheila ya no estaba a mi lado, sino atravesando el local, moviendo sus caderas y sus magníficas

piernas en forma enloquecedora.

No fui tras ella.

Tampoco me moví de la barra cuando salió de nuevo a escena, enloqueciendo al público con su danza.

Después, cuando su actuación hubo terminado, abandoné el «Nevada» y acto seguido busqué una cabina telefónica, sabiendo que Sheila no abandonaría el club hasta las tres de la madrugada.

Busqué un número en la guía y acto seguido disqué.

Della Madigan se puso al aparato casi al instante, lo que me hizo sospechar que estaba esperando una llamada telefónica.

¿La mía?

Quizá. Podía ser, pero yo no estaba, seguro de ello. De inmediato oí su voz.

—¿Diga...?

—Soy Sheldon, *miss* Madigan —repliqué.

E hice una pausa que ella rompió.

—¿Ocurre algo? ¿Sabe ya qué le ha sucedido a mi hermana?

—No. Aún no. Simplemente, llamé para preguntar si había vuelto.

—¿Nada más?

Había desesperación en su bonita voz, por lo que me apresuré a añadir:

—Hay algo más, *miss* Madigan. Tengo una pista. Para comprobarla la he llamado a usted. No habiendo vuelto su hermana, la pista es segura.

Della quedó unos segundos en silencio y luego habló con algo de excitación:

—¿No puede decirme nada más? ¿Vive mi hermana? Por favor...

—Escuche, ricura —atajé en seco—, tenga paciencia hasta mañana.

—Pero...

—Es todo lo que le puedo decir por el momento, *miss* Madigan —repliqué interrumpiéndola de nuevo.

Colgué antes de que pudiera decir nada más y acto seguido abandoné la cabina telefónica.

De nuevo frente al volante deambulé largo rato por las calles de Nueva York.

CAPÍTULO IV

Pensaba.

En Liz. También en Sheila. ¿Qué es lo que verdaderamente sabía aquella fantástica corista?

Y sobre todo, ¿qué quiso decirme con que a ella también le gustaban los coches «Mercedes»?

¿Había dicho simplemente lo que sentía, o sus palabras encerraban un doble sentido?

Diez mil dólares.

Mucho dinero para una simple información. Pero ¿era tan simple?

Detuve el «Zodiac» ocho plazas frente a un «*snack bar*» en cuya barra pedí un nuevo *whisky*. Luego entré en la cabina telefónica y disqué.

Liz no estaba en casa y yo me aburría. Me aburriría hasta las tres o tres y media de la madrugada.

Opté por beberme el *whisky* y una vez hecho esto, empuñé de nuevo el volante y me encaminé a la quinta por la carretera 53 Oeste.

Liz no estaba.

No había regresado aún cuando yo llegué, por lo que me preparé una frugal cena en frío.

Luego me tendí sobre la cama, completamente vestido. Pensaba en Liz. En muchas cosas más, aunque ella no se apartó mucho de mis pensamientos.

No sé cuándo ni en qué momento miré el reloj. Pero cuando lo hice, eran las tres menos cuarto.

Salté de la cama, me arreglé un poco y rápidamente me encaminé al garaje, pensando en Liz, que no había regresado aún.

Alcanzaba las tres millas en dirección a Nueva York cuando la vi venir a pesar de llevar los faros encendidos. Supe que era ella casi

con la misma seguridad de que iba a matarse.

Fue algo así, como si un sexto sentido me lo avisara. Ese sexto sentido del que tanto cacarean algunos novelistas.

El «Mercedes» de Liz se cruzó conmigo con la misma velocidad de un rayo. Fugazmente vi su cabeza rubia, detrás del volante, y apliqué violentamente el freno de pie de mi coche.

Después miré hacia atrás.

Liz estaba llegando a la curva a una velocidad que me puso los cabellos de punta.

Llegó a ella sin disminuirla.

El coche dio un bandazo, derrapó, saltó fuera de la cuneta, rompió la valla que separaba la carretera del precipicio que había más allá, y saltó al vacío.

Durante unos cuantos minutos permanecí alelado, con las manos aferradas al volante, el rostro vuelto hacia atrás, y temblando.

Después, con un esfuerzo, intenté rehacerme. Todavía temblando di media vuelta y conduje hacia el lugar del accidente.

Descendí del coche y corrí. Corrí como no lo había hecho en mi vida.

Miré.

¡Pobre Liz!

Allá abajo, alumbrado por los claros rayos de la luna, estaba el «Mercedes» convertido en un informe montón de hierros retorcidos.

Empecé a bajar cayendo aquí y levantándome allá.

Pero no llegué al coche. No pude hacerlo, porque repentinamente el depósito de gasolina estalló, y el «Mercedes» se convirtió en una tea gigantesca.

Horrorizado, me tapé los ojos con las manos.

Pero sólo fue unos segundos. Después, despaciosamente ahora, avancé hacia el coche y me detuve muy cerca, viendo, impotente, cómo rápidamente se iba convirtiendo en cenizas.

Luego, como impulsado por una fuerza misteriosa, avancé más, y entonces alguien me tomó de un brazo, sujetándome.

Me volví como una centella.

Era un hombre. Un hombre al que yo no había visto nunca.

—¿Qué va a hacer? ¿Qué ha ocurrido?

Le miré sin replicar, incapaz de pronunciar palabra alguna.

Luego levanté los ojos hacia la carretera. Venía más gente.

Hombres y alguna que otra mujer, que se habían detenido en la misma, atraídos por mi coche y por las llamas del incendio.

Abrí entonces la boca para decir algo, pero el ulular de una sirena me lo impidió.

La policía.

Posiblemente una patrulla de carreteras. Me solté del brazo que continuaba sujetándome y me aparté de aquel tipo.

Fui a sentarme encima de una piedra y esperé.

Esperé la llegada de la policía. Una llegada que sería inútil, porque nadie podía hacer nada por la pobre Liz.

Nadie.

Ni la policía ni yo.

Finalmente les vi, pero continué inmóvil viendo cómo rodeaban los restos del coche de Liz, aunque sin acercarse a él.

Cuando al fin lo hicieron, el coche sólo era un montón irreconocible de hierros retorcidos y humeantes.

Me puse en pie y me volví de espaldas.

Permanecí así, indiferente al ruido y a las conversaciones que ahora había en torno mío, hasta que oí una voz a mi espalda:

—Usted fue el primero en llegar aquí, ¿verdad?

Me volví encarándole. Era un sargento del Departamento de Homicidios de Nueva York.

Algo debió de reflejar mi rostro de lo que pasaba en mi interior, ya que éste soltó un taco.

—¡Cuernos! ¿Qué le ocurre a usted? ¿Es que vio el accidente? —preguntó.

Mi voz sonó mucho más ronca de lo que esperaba cuando repliqué:

—No sólo lo vi, sino que la mujer que empuñaba el volante era mi esposa, sargento —dije.

Retrocedió un paso y de nuevo replicó mirándome con los ojos llenos de asombro:

—¡Cuernos! Lo... lo siento, amigo. ¿Quiere explicarme cómo ocurrió?

¿Qué podía decir? Nada. Simplemente lo que había visto, pero nada más.

Lo hice a continuación.

Al terminar de hablar, él se presentó, e inmediatamente después

vino la pregunta.

Una pregunta que ya esperaba desde el mismo momento en que les vi llegar:

—¿De dónde venía su esposa a estas horas?

Era la misma pregunta que yo me había hecho infinidad de veces. Una pregunta que no tenía respuesta para mí, por el momento.

No obstante, repliqué:

—De casa de unas amigas, sargento.

—¿Qué amigas?

—No me lo dijo. Tanto pudo ser una como otra. ¿Por qué?

—Por nada. Pero tendremos que investigar eso. Simple rutina, ¿sabe?

Fue a añadir algo más, pero entonces le llamó uno de sus hombres. El sargento Tex Gale se disculpó, y acto seguido se apartó de mí.

Vi cómo se alejaba hacia los restos del coche y como después hablaba rápidamente con un par de sus hombres. Y cuando minutos más tarde regresó a mi lado, supe lo que me iba a decir mucho antes de que pronunciara una sola palabra.

—Está... está todo calcinado. No sé cómo decírselo, pero...

Le atajé con un gesto. Después dije:

—No se moleste, sargento, y gracias. —Hice una pausa y al fin logré articular—: Gracias de nuevo, sargento. ¿Puedo irme?

—¿No quiere verla?

—No. Es mejor así —forcé la voz para que surgiera clara de mi enronquecida garganta—. Deseo estar solo, sargento. Puedo irme, ¿no?

—Sí. Pero antes deme las señas de su casa.

Saqué mi tarjeta de identidad y se la di. Frunció el ceño al leerla y adiviné lo que estaba pensando. Pero no dijo nada.

Después de leerla, Gale me la entregó y de nuevo la guardé en el interior de mi cartera. Luego giré en redondo, dando la espalda a todo lo que quedaba de Liz y su coche.

¡Liz!

Su trágica muerte cerraba para mí uno de los capítulos más felices de mi vida.

Pero ¿por qué? ¿Por qué había tenido que ocurrirme aquello?

De nuevo, y sin saber cómo, pero con los nervios destrozados, me vi frente al volante.

Pero no me encaminé a la quinta. Deseaba estar solo, pero no en mi casa. No lo podría resistir. Estaba seguro de ello.

Ya en Nueva York, enfilé Broadway y poco después desemboqué en la Quinta Avenida.

¿Un club nocturno?

Al hacerme, esta pregunta, fue cuando recordé a Sheila. Mi cita con Sheila.

Fugazmente, miré el reloj del «tablier».

Las cuatro y cuarenta y cinco de la madrugada. No tardaría mucho en amanecer.

Me hice esta observación cuando ya estaba enfilando el motor del coche hacia la 8 West Street.

Hacia el apartamento de Sheila.

Pero pensaba en Liz. Siempre pensaría en Liz.

¿De dónde venía a aquellas horas? ¿De dónde vino la noche anterior?

Multitud de preguntas se agolpaban a mi mente, una detrás de la otra, sumiéndola en un caos infernal.

¿Quién era el hombre que la noche anterior iba con ella en el «Mercedes»? ¿Qué me había ocultado Liz?

Y Sheila, ¿qué quería venderme por diez mil dólares? ¿Acaso la seguridad de Liz que ahora estaba muerta?

Liz también había tenido un «Mercedes» descapotable. El mismo coche que le gustaba a Sheila.

Un «Mercedes» descapotable había atropellado a una mujer, cuyo cadáver, si es que ella había muerto, desapareció sin dejar rastro.

El descapotable de Liz tenía una abolladura en el guardabarros. Como si el coche hubiera tropezado con algo.

¿La víctima acaso?

Podía ser. Lo sospeché desde un principio. Pero ¿y la hermana de Della? ¿Qué había hecho Liz de ella? ¿Dónde estaba el cadáver de Mona Madigan?

Aparqué frente a la puerta de su casa, en la acera opuesta. Descendí del coche y crucé la calle.

La puerta que daba acceso a la escalera estaba abierta.

La crucé.

Tanteando la pared junto al marco de la misma, busqué el interruptor de la luz y la encendí.

Después, cuando ésta brilló alumbrando la escalera, miré la tablilla indicadora.

Allí estaba.

Sheila Dexter, piso decimoctavo, apartamento dieciocho, letra C.

Atravesé el alumbrado portal y subí en el ascensor. Una vez frente a la puerta del mismo, me detuve unos segundos. Los que empleé en palparme la pesada automática que llevaba en la funda axilar.

Empujé la puerta en vez de pulsar el botón del zumbador.

Lo mismo que la de la calle, la del apartamento de Sheila también estaba abierta.

Delante de mi quedó el hueco, completamente negro. A oscuras, silencioso, vacío. Como sin vida.

Repetí la misma operación de antes.

Tanteé la pared junto al marco de la puerta y encendí la luz, ya con la automática en la mano.

CAPÍTULO V

Con el «Colt» calibre 45 frente a mí, y no porque nada me obligara a ello, a no ser la puerta abierta. Sheila Dexter podía muy bien haberse ido a acostar, olvidándose de cerrar la puerta.

Escuché.

Silencio.

Luego entré atravesando todo el apartamento, buscando su dormitorio.

Sheila estaba allí. En la cama. Sin nada encima. Nunca más se pondría nada sobre sus curvas de diosa. Tampoco se vestiría nunca más como una corista, ni bailarías más en el «Nevada».

Sheila ya no bailarías más en ninguna parte.

Sheila estaba muerta. Asesinada. En su bella garganta había enroscado un cordón de seda verde.

Miré en torno antes de acercarme a la cama. El cordón era el de la cortina de la ventana.

Alguien lo había arrancado para después enroscarlo en su bello y delicado cuello de cisne.

Continué mirando en torno. Nada. Ni el más leve rastro. Ni la más leve señal de lucha.

¿Quién lo hizo? ¿Un amigo de ella? Si era así, ¿por qué?

No obstante, era lo más seguro. Sheila había muerto sin lucha. Por lo tanto, sólo un conocido suyo podía haberlo hecho.

Por fin me acerqué a la cama y cubrí su bello cuerpo con la colcha. Luego miré la mesita donde descansaba el teléfono.

¿Avisar a la policía?

Dudé en hacerlo y venció en mí la duda. Por lo tanto, no lo hice. Me limité a dar media vuelta y caminé hacia el interruptor de la luz. Luz que apagué después de limpiar el interruptor con el pañuelo.

Fue una operación que repetí en la puerta de entrada al

apartamento y en la de la calle, sin olvidar los botones del ascensor.

No deseaba dejar huella de mi pasó por allí. Con la muerte de Liz ya tenía bastante. Por lo tanto, ¿para qué buscarme más complicaciones?

Ya en la calle, dentro del coche, empuñé el volante y rápidamente me encaminé al apartamento de Della Madigan.

Ella misma me abrió la puerta después de preguntar de quién se trataba.

Suspiré al verla.

Della venía del baño o de la ducha. Se cubría con un simple y corto albornoz que dejaba sus desnudas piernas al descubierto desde mucho más arriba de medio muslo.

—Pase, por favor —invitó apenas verme.

Crucé el umbral y ella cerró la puerta a nuestra espalda.

—Venga conmigo —añadió inmediatamente después. Continué, ahora detrás de ella, hasta el *living*.

Della sabía vivir. Esto fue lo que pensé al ver su apartamento, donde nada faltaba, mientras con un gesto me señalaba uno de los sillones.

—Siéntese, ¿quiere?

Lo hice, y ella me imitó sentándose frente a mí. Acto seguido cruzó las desnudas piernas.

Suspiré de nuevo.

Apenas lo hice vino la pregunta:

—Por favor, ¿qué ha averiguado, míster Sheldon? ¿Qué sabe de mi hermana?

—Nada. Nada por ahora —repliqué secamente.

Della me miró un tanto asombrada. Luego preguntó, y confieso que esta pregunta también la esperaba:

—Entonces, ¿a qué ha venido, míster Sheldon?

Sonreí, pero mi sonrisa era cuadrada.

—A hablar de mujeres, *miss* Madigan —repliqué.

—¿De mujeres? ¿De qué me está hablando, míster Sheldon?

Sin hacer caso de su pregunta final, añadí:

—Concretamente de una mujer, pequeña. De Sheila Dexter. Usted dijo que era amiga de su hermana, ¿no?

No quise nombrar a Liz. Liz, que había muerto en un accidente. Pero ¿qué fue lo que lo motivó?

Desvariaba de nuevo, pero Della se encargó de volverme a la realidad del momento.

—Sí, eran muy amigas —replicó.

Pensé rápidamente.

Buscaba una pista, por leve que fuera. Una pista que se había roto cuando Sheila murió asesinada. Una pista que también hubiera podido darme Liz, en el caso de continuar viva.

Pregunté:

—¿Le habló su hermana, a usted, de Sheila Dexter, *miss* Madigan?

Abrió mucho los ojos y luego replicó:

—¿Qué quiere decir?

—Sencillamente eso mismo, monada. Escuche, *miss* Madigan. Estoy trabajando para usted, ¿no? Pues si quiere saber lo que ocurrió a su hermana, conteste a mis preguntas sin interrumpir, ¿comprende?

Vaciló unos segundos.

—Sí, creo que sí —replicó al fin.

—¿Entonces...?

—¿Qué quiere saber?

—Todo lo que usted sepa de Sheila Dexter, preciosa.

Della se retrepó contra el respaldo del sillón y sus pujantes senos se marcaron nítidamente bajo la tela del albornoz con que se cubría.

Desvié los ojos mientras ella entrecerraba los suyos. Luego dijo:

—Pregunte, pesquisa.

—¿Sheila venía por aquí?

—Sí, algunas veces. Ya le dije que ella y Mona eran muy amigas. Pero Sheila era diferente a Mona.

—¿Hombres?

De nuevo vaciló, pero dio la respuesta:

—Sí.

—¿Alguno en concreto?

—Bueno... Ha salido algunas veces con Ed Prescoe.

Pensé de nuevo. ¿Una pista? Podía ser. Ed Prescoe era el dueño del «Nevada». Un mal bicho según unos y otros.

Pero para mí era sólo un nombre. Nunca había tropezado con él.

—¿Amantes?

Della abrió los ojos y me miró de frente.

—Mona nunca afirmó eso —dijo.

—Pero lo pensaba. ¿No es así, querida?

—Bueno... sí.

—¿Algún otro hombre, *miss* Madigan?

—No, que yo sepa. Si lo había, Mona nunca me lo dijo.

La miré ahora atentamente.

—Y usted, ¿dónde trabaja, *miss* Madigan?

Se puso en pie y el albornoz se abrió por el centro.

Mis ideas se ofuscaron, pero las recobré de inmediato mediante un esfuerzo.

Luego ella se me acercó hasta rozarme.

—En la Quinta Avenida, Red —dijo sin darme tratamiento alguno—. Como modelo en una casa de alta costura. No me gusta enseñar las piernas a un público más o menos elegante, ¿entiende?

Extendí el brazo y se las señalé con todo descaro.

—No obstante, ahora...

Su risa cortó el resto de mi frase. Luego ella replicó:

—No me diga que no le gustan, pesquisa, porque no le creería.

Opté por callar.

Acto seguido la miré de pies a cabeza. Deslumbraba. Como una escultura viviente que irradiara luz propia.

Sí. Podía serlo. Con un cuerpo como aquél, cualquier mujer podía ser modelo en una casa de alta costura.

—¿Algún hombre?

Se me acercó más y noté el calor de su cuerpo joven y prieto.

—No. Aún no, pesquisa —replicó levantando su rostro hacia el mío.

Luego, Della quedó mirándome con los labios entreabiertos. Como una promesa. Como una tentación inaguantable.

Una tentación demasiado fuerte incluso para un hombre como yo.

Me incliné sobre ella y al punto noté sus brazos en mi cuello y el fuego ardoroso que había en su boca.

Luego el mundo y Liz desaparecieron de mi mente como por ensalmo.

Cuando mucho después pude recobrar la conciencia de las cosas, la aparté de mis brazos de un violento empujón.

Della no dijo nada. Vino de nuevo a mis brazos y entonces la golpeé.

Cayó encima del sofá con sus hermosas y morenas piernas desnudas apuntando al techo, y luego me miró con los ojos cuajados de lágrimas.

La miré a mi vez. Con rabia. Pero con rabia contra mí mismo.

El súbito recuerdo de Liz me torturaba ahora la mente.

Pregunté.

No sé por qué, pero pregunté, tal vez impulsado por un secreto instinto:

—¿Conoces tú a una mujer llamada Elizabeth Carrigan? —dije dando el nombre de soltera de Liz.

Della se puso en pie de un salto. Luego vino hacia mí y me prendió por las solapas de la chaqueta.

De nuevo noté el calor de su cuerpo bajo el albornoz, pero ahora no causó en mí ninguna sensación.

Me interesaba más su chocante actitud.

—¡Ella fue, Red! —exclamó—. ¡Ella! ¿Cómo no lo pensé antes?

Aparentando una calma que no sentía, pregunté:

—¿Qué significan tus palabras, monina?

—Pero ¿es que no comprendes? Ella mató a mi hermana. Liz tenía un descapotable. Un «Mercedes». ¡Habla con ella, Red! Pregúntale dónde estaba a las tres...

La atajé con un gesto.

—Temo que ya es imposible, Della —repliqué—. Liz Carrigan murió hace unas horas. Se despeñó en la carretera 53 Oeste. Yo presencié el accidente.

Me soltó, retrocedió un paso y vi cómo se mordía el labio superior. Después habló de nuevo:

—Entonces no hay nada que hacer, ¿verdad?

Repliqué con otra pregunta:

—¿De qué conocías tú a Liz, preciosa?

—Mona me la presentó. También eran amigas.

Me quedé de una pieza, pero continué preguntando:

—¿De Sheila también?

—Sí, claro. Varias tardes vinieron aquí las tres juntas.

Aquello era capaz de volver loco a cualquiera, pero me guardé muy bien de decírselo a ella.

Por lo tanto hice un esfuerzo y procuré que mi voz sonara firme:

—¿Algún hombre, querida?

—¿Liz...? Pues sí, aunque no sé quién era. Salía mucho con un tal Larry o Jim Latimer. En fin, no lo sé con seguridad.

—¿Muy amigos?

—Verás, Red; Liz era un tanto extraña y muy reservada. Por lo tanto, es muy poco lo que puedo decirte de ella. Y al afirmar esto lo hago por boca de la pobre Mona. Últimamente estaba aún más extraña que nunca. Era como si tuviera miedo de algo. Como si alguien presionara sobre ella.

Calló mirándome, mientras yo iba de sorpresa en sorpresa. Dolorosas todas.

—¿Chantaje? —pregunté.

—Sí. Ese tal vez pueda ser el motivo.

¡Absurdo!

Esto lo pensé, pero no lo dije tampoco. Simplemente, me limité a disparar una nueva pregunta, volviendo con ella al principio de la conversación:

—¿Por qué crees que fue Elizabeth Carrigan la que atropelló a tu hermana, Della? En Nueva York hay muchos «Mercedes» descapotables, querida.

Frunció el ceño y de nuevo se dejó caer sobre el sofá.

Veló los ojos con sus largas y tupidas pestañas y entonces disparó:

—Últimamente Mona y ella no se llevaban bien, Red. Riñeron en más de una ocasión.

Una vez más hice la consabida pregunta:

—¿Algún hombre?

Della quedó pensativa unos cuantos segundos. Posiblemente rumiando la respuesta que me tenía que dar.

—Mona no era de ésas, Red —replicó—. Creo que ya te lo he dicho. Por otra parte... —vaciló, abrió los ojos del todo y acto seguido añadió—: En fin, querido, me estás haciendo dudar de mis convicciones.

—¿Por qué?

—Porque, por una vez, Mona no quiso decirme los motivos que había tenido para reñir con Liz. Se negó a ello. ¿Qué te parece a ti?

No lo sabía. Mi cabeza era un caos de ideas contradictorias. Pero

no podía confesárselo a ella en modo alguno.

Como en sueños la oí decir:

—Si Liz ha muerto, ¿qué piensas hacer ahora, pesquisa?

—Continuar con la investigación, monada —repliqué—. Eso si aún estás decidida a saber el paradero de tu hermana.

—Desde luego que sí, ¿pero cómo?

No lo sabía.

CAPÍTULO VI

—Creo que tengo una pista, Della —repliqué al fin, tras un instante de silencio.

—¿El dueño del «Nevada»?

—Ésa puede ser una de ellas, preciosa —dije—. La otra...

—¡Red!

Su exclamación me interrumpió en seco. Luego, ella, mirándome con los ojos muy abiertos, dijo:

—Acabo de recordar una cosa, Red, querido. Liz trabaja de secretaria con un privado. Con uno de esos...

Calló mirándome y yo terminé la recién comenzada frase de ella:

—Uno de esos pesquisas. Un hombre como yo, ¿no, preciosa?

—Sí. Puedes ir a hablar con él. Eso también puede ser una pista, ¿no?

Asentí en silencio mientras consultaba mi reloj de pulsera. Después giré hacia la puerta y empecé a andar.

Pero ella me alcanzó antes de llegar al umbral, sujetándome por un brazo.

Giré en redondo hasta enfrentarla.

Sus ojos brillaban como los de un gato cuando me miró. Luego dijo lentamente, casi mascando las palabras:

—Sería mucha casualidad que esa Liz fuera tu secretaria, ¿verdad?

Di un respingo, vacilé un par de segundos y repliqué:

—Sí. Una casualidad muy grande, pero que es cierta, Della.

—¡Red!

Sonreí sin ganas.

—Liz era mi secretaria, cariño. Luego se casó conmigo, y ahora ha muerto. ¿Algo más?

No esperé su respuesta. Di media vuelta y tiré del pasador.

Della no me detuvo ahora. Tampoco me volví a mirarla, pero la

adiviné detrás de mí, mirándome con sus grandes y hermosos ojos muy abiertos, llenos de asombro.

Alcancé la calle.

Pensando en Liz y en Della.

Della, que me había dicho muchas cosas, algunas de las cuales no esperaba. Otras, si no las sabía de antemano, no me habían sorprendido en modo alguno.

Liz, como secretaria mía, hasta que nos casamos, había intervenido conmigo en infinidad de casos. Por lo tanto, no era nada de extraño que conociera a Mona Madigan y a Della.

Incluso que conociera a algunos hombres. Pero ¿de una forma tan íntima como para matar a una posible rival?

Abrí la portezuela del coche y empuñé el volante sin dejar de pensar.

No sabía lo que creer.

¿Chantaje?

Della dijo que lo creía así. Pero ¿por qué? ¿Quién era el hombre que continuamente salía con ella?

Era una pregunta que no deseaba responderme en modo alguno.

¿Ir a ver al dueño del «Nevada»? Aquello era lo más lógico. La única pista que tenía.

Consulte el reloj.

Demasiado temprano aún. Entonces fue cuando decidí regresar a mi casa.

Acababa de darme una ducha cuando oí sonar el timbre del teléfono. Me encogí de hombros y empecé a secarme.

El timbre no dejaba de tocar. Mascullando algo contra el inoportuno fui al *living* y *descolgué el auricular*.

—¿Quién es? —pregunté de mal talante.

Al otro lado no replicaron de momento, por lo que repetí la pregunta.

El que contestó era un hombre.

—¿*Mistress* Sheldon? —preguntó.

Ahora el que calló fui yo, y mi desconocido comunicante el que de nuevo formuló la pregunta.

Al fin respondí:

—*Mistress* Sheldon no está.

—No, ¿eh?

No repliqué. No me gustaba su tono. Por otra parte, esperaba sin saber qué.

Y fue poco. Apenas unos segundos.

—¿Continúa usted ahí?

—Sí, claro —repliqué cada vez más intrigado—. ¿Quién es usted?

—Eso no importa. Ahora escuche bien; cuando vea a Liz, díglele que he cambiado de parecer. Por lo tanto, tendrá que llevarme el encargo al lugar que convinimos. ¿Me entiende?

—¡No! —repliqué secamente—. ¿Qué lugar es ése?

Al otro lado de la línea sonó una corta y seca carcajada. Después vino la respuesta, que repercutió en mis oídos como el estampido de un disparo:

—Pregúntele a ella. Pero creo que no se lo dirá. Se juega mucho si lo hace.

No entendía nada. Es decir, sólo un poco.

Repliqué:

—Temo que no se lo pueda decir a ella.

A mis palabras siguió un corto silencio.

—¿Por qué? —preguntó después.

—Dentro de unas horas puede leer los periódicos y entonces se enterará —repliqué.

—¿Qué quiere decir?

De nuevo pensé rápidamente y acto seguido di la respuesta:

—Sencillamente, que se le acabó el chantaje, amigo.

Oí una exclamación y el chasquido que hizo el auricular cuando el otro cortó la comunicación.

Entonces, regresé a la ducha y acabé de secarme. Después me vestí, tomé las correíllas con la funda y la pistola y me encaminé al *living, donde me preparé un whisky con soda*.

Continuaba pensando en la conversación telefónica cuando me dejé caer en el sofá, esperando que pasaran las horas hasta el mediodía.

Esperando el momento en que me viera frente a frente con Ed Prescoe.

Prescoe conocía a Sheila. Era una de sus coristas y tal vez supiera algo con respecto a ella. También con respecto a Liz.

¿Quién era el hombre que llamó por teléfono? Desde luego, el

chantajista. Della no se había equivocado al sospechar que Liz estaba siendo víctima de un chantaje.

Liz, que ahora estaba muerta.

Me estremecí ante este pensamiento y miré a todos lados como si esperara verla aparecer de un momento a otro.

¿Por qué un chantaje contra ella?

¿Y Mona Madigan? Si había muerto víctima del atropello, ¿fue Liz quien lo hizo? ¿Dónde estaba su cadáver?

Dejé de hacerme preguntas cuando el timbre del teléfono repiqueteó de nuevo, sobresaltándome.

Me puse en pie y le miré.

Durante unos cuantos segundos vacilé entre tomar el auricular o beberme el *whisky* de un trago y acto seguido abandonar la quinta y largarme a Nueva York.

Opté por lo primero.

Levanté el auricular y esperé a que me hablaran sin formular pregunta alguna.

—¿Míster Red Sheldon?

La voz era sofocada en extremo, y de mujer. Una voz que yo no conocía.

—Yo mismo —repliqué.

Hubo unos segundos de silencio. Después la mujer habló de nuevo:

—¿Por qué no hace una visita al «Panam's», pesquisa?

—¿Qué cuer...?

—No me interrumpa, por favor —atajó ella, y yo opté por obedecer—. Allí hay un hombre al que debe ver. Se llama Larry Templar. Es un tipo interesante, pesquisa. ¿Irás?

—¿Quién es usted? —Fue lo que pregunte.

—Una amiga. Simplemente eso, míster Sheldon. Vaya allí, se lo ruego.

—Escuche...

Pero ella había cortado la comunicación.

Lancé una maldición, solté el auricular, regresé junto a la mesita ratona y me bebí el *whisky* de golpe.

Pensé entonces en un hombre y una mujer.

¡Un cuerno!

Abandoné el *living* y cuatro minutos más tarde estaba en el

garaje. Cinco después enfilaba la carretera en dirección a Nueva York.

Un nombre danzaba en mi mente. Mejor dicho, dos, Larry Templar era uno de ellos. El otro el «Panam's».

Uno de los mejores clubs nocturnos de la Quinta Avenida. Pero no fui a él.

Por lo tanto, detuve el coche en la playa de estacionamiento, frente al «Nevada». Crucé la calzada y entré ante la mirada un tanto curiosa del uniformado portero.

Por lo visto, se estaba preguntando qué hacía un tipo como yo en un club como aquél, y por dos veces. El portero era buen fisonomista.

Crucé por entre las mesas mirando la encerada pista de baile.

En ella estaba Cora Grey. La máxima estrella del «Nevada».

Una rubia como no había dos, luciendo sobre su maravilloso cuerpo de esfinge pagana un simple dos piezas que brillaba como las escamas de un pez.

Como las escamas de la cola de una sirena.

Su piel lechosa también brillaba a la luz de las lámparas del techo, y sus hermosas piernas, enfundadas en malla negra, trazaban extraños arabescos en el encerado.

Estuve a punto de tropezar con una silla. Por lo tanto, dejé de mirarla y caminé ahora resueltamente hacia la barra.

Pensaba en Mona y en Sheila cuando me acomodé en uno de los altos taburetes.

CAPÍTULO VII

Pedí un *whisky* con hielo.

Sheila y Mona. Las dos habían trabajado allí como coristas y las dos habían muerto. Por lo menos, pensando en Sheila, la cosa había ocurrido así. Respecto a Mona, aunque lo sospechaba, hasta que apareciera su cadáver no podía afirmarlo en modo alguno.

Bebí un poco.

Recordé la última llamada telefónica que había recibido.

¿Quién era la mujer? ¿Acaso Della? No lo sabía. Tampoco tuve tiempo de pensar en ello, ya que en aquel momento alguien tocó mi hombro derecho.

Me volví deseando que fuera Cora Grey.

No lo era.

Y tampoco tuve tiempo de razonar un poco, ni siquiera pensar qué quería de mí aquel tipo, ya que habló de inmediato interrumpiendo mis razonamientos:

—Red Sheldon, ¿no?

Le miré desde encima del taburete. No me gustaban ni su presencia ni su aspecto, a pesar de su elegancia en el vestir.

Aquel tipo era un *gangster*.

—Efectivamente —repliqué—. Yo soy Sheldon.

—Míster Prescoe quiere verle.



—Mister Prescoe quiere verle

Me dejó de una pieza. Al parecer, Ed Prescoe había tenido conmigo la misma idea que yo con él.

Pregunté, sabiendo que el tipo no me lo diría aunque lo supiera:

—¿Para qué quiere verme?

Sonrió. Y su sonrisa me gustó aún menos que su rostro de

querubín rubio.

—No lo sé, Sheldon —replicó como yo esperaba—. ¿Viene?

Me volví cara al mostrador y tomé el vaso de encima de su pulida superficie.

Bebí un poco.

Luego, mirándole de nuevo, dije:

—¿Por qué no se sienta y toma algo? —Sonreí a mi vez y añadí a continuación—: Es lástima desperdiciar un *whisky* como éste, ¿no?

No replicó, pero se sentó a mi lado encarando al *barman*.

—Pon un *whisky*, Ricks —dijo.

Ya no habló en mucho rato.

Hasta que lo hubo consumido por completo, vuelto cara a la pista, y según adiviné, con los ojos fijos en las maravillosas piernas de Cora Grey.

Lo mismo que yo.

Repentinamente, se volvió para dejar el vacío vaso sobre el mostrador y acto seguido me encaró.

—¿Nos vamos? —preguntó.

Podía decir que no. Podía decir que nada me interesaba de Prescoe, pero mentiría.

El dueño del «Nevada» me interesaba ahora como jamás me había interesado nadie.

Ed Prescoe.

Un hombre al que conocía, aunque nunca había hablado con él. Sabía quién era y a lo que se dedicaba bajo la tapadera de su club nocturno. Desde la trata de blancas hasta las drogas, Ed Prescoe hacía de todo.

Pero aquello no era cosa mía, sino del Departamento de Represión de Narcóticos, o de la Policía Federal.

Me puse en pie abandonando el taburete.

—Vamos —dije.

Se colocó a mi derecha y empezamos a caminar hacia la escalera situada al fondo del amplio y lujoso local, mientras los aplausos estallaban a nuestra espalda premiando la genial actuación de Cora.

Sabía cuál iba a ser el número siguiente. Un número en el cual ya no intervendrían Mona y Sheila.

Crispé el rostro mientras subía los peldaños de la escalera.

Alcanzamos el pasillo profusamente iluminado con las lámparas de araña. Entonces vi a los otros dos.

Los dos guardaespaldas personales de Prescoe.

Les miré mientras avanzábamos hacia la puerta de su despacho. Pero no llegué a ella, ya que ambos se adelantaron cortando mi camino.

—Tendrá que darnos la artillería, Sheldon —dijo uno de ellos.

Miré a mi acompañante, al mismo tiempo que me detenía.

—Es necesario, ¿no? —pregunté.

—Supongo que sí. ¿No es eso, Joe?

El llamado Joe continuó mirándome fijamente. Después alargó la mano.

—Vamos, Sheldon —dijo—. Deme la artillería, ¿quiere?

—¿Tiene miedo? —pregunté.

Sonrió. Por lo visto todos sonreían allí. Todos menos yo.

—Yo no, Sheldon —replicó después—. Tampoco creo que lo tenga míster Prescoe. ¿Qué cree usted?

No repliqué a su pregunta.

Después, lentamente, sabiendo que ninguno de los tres me perdía de vista, introduje la mano en la funda de la axila y extraje la pistola «Colt».

Joe la tomó entre sus manos y acto seguido giró hacia la puerta del despacho privado de Prescoe.

—Gracias, Sheldon —dijo un segundo antes de desaparecer por ella.

Esperamos.

Apenas fueron tres o cuatro minutos y entonces la puerta se abrió de nuevo frente a mí.

Desde el umbral, Joe sonrió.

—Puede pasar, Sheldon —dijo.

Entré.

Prescoe estaba sentado detrás de una enorme mesa despacho situada al fondo de un gran salón amueblado con un gusto extrañamente exquisito.

Di unos cuantos pasos al frente y entonces él dijo:

—Espera fuera, Joe.

Detrás de mí oí cómo el *gangster se retiraba*.

Continué avanzando hacia la mesa. Estudiándole, intentando

adivinar en aquel rostro lo que su dueño esperaba de mí. Pero aquel rostro hermético nada me dijo.

Ed Prescoe era alto y joven. Calculé, como siempre, que no pasaría de los treinta años de edad.

Rubio y de extraños ojos azules. Bien parecido y vestido de un modo que parecía querer honrar al sastre que le hacía la ropa.

—Siéntese, Sheldon.

Miré en torno. Prescoe vivía bien. Yo, pese a tener una quinta, de mi absoluta propiedad, no podía competir con él ni mucho menos.

Acabé de acercarme en silencio y luego me dejé caer en uno de los cómodos y mullidos sillones.

Nos miramos. Estudiándonos de nuevo. Como deben estudiarse el gato y el ratón.

Fue Prescoe el que rompió el silencio al comprender que yo no diría nada:

—¿Sabe para qué le he llamado, Sheldon?

—Supongo que no será para robarme mi pistola y cometer después un asesinato con ella, ¿verdad?

Su rostro permaneció tan impassible como si no hubiera oído mis palabras, pero replicó:

—Se la devolverán a la salida, Sheldon. Ahora, ¿quiere escucharme?

—¿Va a darme algún trabajo?

—Aún no lo sé. Eso dependerá de que nos entendamos, ¿verdad?

—¿Por qué no desembucha de una vez y se deja de tanto rodeo, Prescoe?

Me miró suspicaz, y luego espetó de buenas a primeras:

—¿Qué sabe de Sheila Dexter, pesquisa?

—¿Cómo sabe que yo sé algo de esa...? ¿Cómo dijo que se llamaba? Sheila Dexter, ¿no?

Frunció el ceño y me alegré de haber podido romper aquella impassibilidad de piedra, aunque sólo fuera por un segundo.

Después replicó:

—Creó que estamos perdiendo el tiempo, Sheldon, y así no vamos a ninguna parte. ¿Por qué no me contesta con claridad?

—Porque usted tampoco lo hace conmigo, Prescoe. —Me puse en pie—. Es mejor que me vaya. No sé nada de lo que me pueda

preguntar con respecto a Sheila Dexter, amigo.

Prescoe no se movió del asiento. Pero sí dijo:

—Le agradecería que me escuchara, Sheldon. Siéntese, ¿quiere?

Lo hice, ya que mi gesto anterior era sólo una finta. Mirándole a los ojos repliqué:

—Está bien, Prescoe, me sentaré, pero tendrá que hablar claro. ¿A qué viene esa pregunta?

Sin replicar tomó uno de los periódicos de encima de la mesa y me lo alargó.

—Lea eso, Sheldon —dijo fríamente.

Miré la portada y tuve que hacer un violento esfuerzo para que mi rostro no se alterara.

Sheila Dexter venía fotografiada en primera plana tal y como yo la había visto horas atrás.

Tal y como la dejé. Encima de la cama, y ahora, apenas cubierta con la colcha que yo mismo le puse.

Pero aquello no era todo. Uno de los barcos que navegaban por el Hudson había descubierto el cadáver de una mujer, flotando a la deriva.

Un cadáver que ahora estaba en la Morgue. Un cadáver que podía ser muy bien el de Mona Madigan.

Recordé a Della, recordé a Liz, y sin que mis recuerdos se ofuscaran por ello, leí la reseña del periodista.

Después clavé los ojos en Prescoe.

—¿Y bien? —pregunté devolviéndole el periódico.

Me miró suspicaz.

—Escuche, Sheldon —dijo—, alguien asesinó a Sheila, y alguien ha matado también a Mona Madigan. —Señaló el periódico extendido sobre la mesa y aclaró—: Ese otro cadáver, el de la mujer que recogieron flotando en el Hudson, es el de Mona. Ambas trabajaban aquí, y ambas han muerto. Pero eso no importa ahora, ya que no se puede remediar, Sheldon. Lo que importa es que me traiga a su asesino. Le pagaré diez mil dólares por él. ¿Qué responde?

Aquello, por lo inesperado, me dejó completamente aturdido. Cuando me recobré un tanto de la sorpresa, pregunté:

—¿Por qué yo precisamente, Prescoe?

Antes de replicar, sacó el paquete de cigarrillos y me dio uno,

que encendí. Encendió otro y después de espirar varias bocanadas de humo, Prescoe me dio la respuesta.

—Escuche, Sheldon —dijo—. Sé que la otra noche estuvo aquí preguntando por Sheila. Sé también que estuvo hablando con ella. ¿Por qué?

Fingí una sonrisa, aunque resultó ser la del conejo.

—Sheila era amiga mía, Prescoe —repliqué—. Por otra parte, no sé qué tenía que ver Mona Madigan con ella aparte de que eran amigas, ¿no?

No me creyó. Lo leí en sus ojos, pero Prescoe no insistió más sobre el particular.

Simplemente replicó:

—De acuerdo, ¿qué hay de mi proposición?

Pensé rápidamente. Acto seguido repliqué:

—Antes de hacerme cargo de este asunto, deseo formularle unas preguntas, Prescoe.

—Desembuche, Sheldon.

—¿Por qué le interesa Mona Madigan y no Sheila Dexter?

Prescoe no vaciló en replicar.

—Escuche, Sheldon —dijo—, yo quería a Mona, ¿comprende? A mi manera, pero la quería.

—¿Un «*affaire*» entre usted y ella, Prescoe?

Ahora sí vaciló un poco. Luego replicó:

—¿Importa eso mucho, Sheldon?

Lo que para mí significaba una respuesta concreta.

Y pensé en Della, qué afirmaba categóricamente que su hermana no era de ésas. Después repliqué:

—No, no mucho.

—¿Algo más?

—Sí. Mona y Sheila eran muy amigas, Prescoe... —Dejé la frase sin terminar y pregunté de sopetón—: ¿Conocía a una mujer llamada Liz Carrigan?

Prescoe sonrió un tanto burlón. Después, ambos nos miramos en silencio mientras éste se hacía espeso entre los dos.

CAPÍTULO VIII

Un silencio que duró casi tres o cuatro minutos, al cabo de los cuales, comprendiendo que Prescoe ya debía haber estudiado sobradamente la respuesta que iba a darme, apremié:

—¿La conocía?

Prescoe sonrió de nuevo. Después, sin perder la sonrisa, replicó:

—Dirá más bien Liz Sheldon, ¿no? Bueno, ¿qué quiere saber de su esposa, pesquisa?

Durante unos segundos fumé en silencio mientras mi cerebro trabajaba a marchas forzadas.

Al fin repliqué:

—Todo lo que usted sepa, Prescoe.

Y de nuevo le vi sonreír.

—Creo que nos entenderemos, Sheldon —replicó—. Yo le doy la información que usted desea, diez de los grandes, y usted me trae al asesino de Mona Madigan. ¿Qué le parece?

—Lo siento —repliqué a mi vez—. Antes de traerle aquí, Prescoe, le llevaría a la policía. —Hice una ligera pausa y añadí—: Bien, ¿qué hay de mi esposa?

Me miró de nuevo, durante unos cuantos segundos, en silencio, y luego dijo:

—Ella también frecuentaba el trato de Mona y Sheila, Sheldon.

—Eso ya lo sé. ¿Algo más?

—Depende de lo que sea ese algo, Sheldon.

Vacilé unos segundos, pensando. ¿Y por qué no?

—Sé que mi esposa estaba siendo víctima de un chantaje, Prescoe. ¿Qué conoce de esto?

—¿Por causa de un hombre? —preguntó a su vez.

—¿No lo sabe?

Por tercera vez desde que entré en su despacho, Prescoe sonrió.

—Con seguridad, no —replicó—. *Mistress* Sheldon salía con

algunos. Eso es todo cuanto puedo decirle.

Pensé en si Liz había salido alguna vez con él, pero no se lo dije. Prescoe podía ser el hombre que la tenía sometida a un chantaje.

Pero también podía ser otro, aunque fuera por causa de él.

Repentinamente, cambié de conversación:

—Últimamente mi esposa y Mona Madigan no se llevaban bien, ¿sabe por qué?

El silencio que ahora reinó entre los dos fue mucho más largo que el anterior.

Después vino la respuesta. Una respuesta que yo no esperaba en modo alguno:

—No lo sé, Sheldon, y puede creerme.

Ataqué ahora, cambiando de táctica, y empecé con una pregunta:

—¿Quiere que se lo explique yo, Prescoe?

Entornó los ojos. Acto seguido replicó:

—¿Por qué no, Sheldon?

Me retapé contra el respaldo del sillón, pensando en los tres *gangsters que había en el pasillo. Que había al otro lado de la puerta. Pensando en el «Colt» 45 que ahora no reposaba en la funda de mi axila.*

Y no obstante repliqué:

—Usted pudo muy bien hacerlo, Prescoe.

No se alteró. No hizo el menor movimiento, y mirándole me dije que aquél era posiblemente el hombre más peligroso con el que me había tropezado en mi carrera.

Y me lo confirmó su respuesta, cuyo tono de voz no se alteró en modo alguno:

—¿Por qué cree que pude hacerlo yo, pesquisa?

Sonreí antes de replicar, y sé que mi sonrisa fue positivamente sucia.

—Puede que conociera a Liz antes que a Mona. Puede también que este conocimiento datara de mucho antes de que se casara conmigo. Puede que con respecto a esto, y una vez casada, la amenazara con contarle a su marido parte de su pasado. Puede que éste fuera algo turbio y que ella se aviniera a ello. Ése puede ser uno de los motivos del chantaje, Prescoe. El principal. —Hice una pausa y añadí—: El segundo es aún más importante. Se trata de

Mona Madigan. ¿Sabe cómo murió, Prescoe? La atropelló un coche «Mercedes», descapotable, apenas si ella terminó su actuación aquí. Luego su cadáver fue lanzado al Hudson. ¿Sabe quién pudo hacerlo? ¡Liz! Liz, que le conocía a usted de antiguo. Liz, que a pesar de estar casada conmigo, vio cómo una cualquiera, una Mona Madigan, le usurpaba de buenas a primeras el puesto que tenía aquí. Liz, que estaba sufriendo un chantaje de usted, y que a pesar de ello se veía burlada tanto por Mona Madigan como por usted. Un día perdió la cabeza y la esperó a la salida del club. La atropelló. Recogió su cadáver y lo lanzó al Hudson. Horas más tarde, Della Madigan, su hermana, se presentaba ante mí. De resultados de su visita vine a ver a Sheila. Ella también era corista, Prescoe, y amiga de las dos. Por lo tanto, nada tiene de extraño que estuviera enterada de todo. Sheila me citó en su apartamento. Quería venderme una información por diez mil dólares, pero no pudo hacerlo porque alguien se lo impidió matándola. ¿Me sigue?

Callé mirándole.

—¿Y cree que fui yo el que la mató, Sheldon?

—¡Claro! —repliqué de inmediato—. Para impedir que me contara la verdad de todo. Usted mismo ha dicho que estaba enterado de mi visita aquí. De que sabía que hablé con ella.

—Está usted loco, Sheldon.

Tampoco hizo un solo gesto ni se alteró su voz al replicar. Pero la mía sí sonó ronca cuando añadí:

—¿Acaso no es cierto? —Hice una pausa y después solté la pregunta más cruda de mi carrera, por lo menos para mí—: ¿Qué había entre usted y Liz, Prescoe?

Se puso en pie y le imité de inmediato. Quedamos frente a frente, mirándonos los dos, hasta que al fin Prescoe replicó:

—Nada, Sheldon. Absolutamente nada, y desearía que me creyera, ya que le estoy diciendo la verdad.

Di un paso hacia él, pero me detuve en el acto.

Pregunté de nuevo:

—¿Qué sabe de un hombre llamado Larry Templar?

Arqueó una ceja y me di cuenta de que por segunda vez en poco tiempo había conseguido romper su impasibilidad de momia egipcia.

—¿Larry Templar? —preguntó—. Ése es un chantajista, Sheldon.

—¿Lo mismo que usted?

La súbita carcajada con que acogió mi pregunta me sorprendió tanto como si repentinamente hubiera caído muerto a mis pies.

Un largo minuto más tarde, cuando su hilaridad se calmó por completo, Prescoe me dio la respuesta.

—No, Sheldon —dijo—. Yo soy un poco más fino. Más artista, si usted quiere. En cambio, Templar es un chantajista de poca monta. Un cerdo —terminó con infinito desprecio.

Sin replicar, giré hacia la puerta, pero no llegué a ella. Su respuesta me tomó en el centro de la amplia y lujosa estancia.

—¿Qué ha pensado de mi encargo, Sheldon?

Me volví hasta encararle.

—Nunca haré un trato con usted, Prescoe —repliqué fríamente—. Nunca. Sino todo lo contrario. Voy a enviarle a la «tostadera» si consigo probar contra usted todo lo que llevo en el buche. Todo lo que le he dicho con respecto a Liz, Sheila y Mona. Un trío por demás interesante, Prescoe. Procure que no se le indigeste.

Sin replicar, avanzó unos cuantos pasos y se detuvo frente a mí.

—Escuche, Sheldon —dijo—; si no me cree, ¿por qué no pregunta a Liz?

Me reí.

Pero mi risa fue corta y seca. Después repliqué:

—Aunque quisiera no podría hacerlo, Prescoe. Liz se despeñó anoche cuando volvía de verle a usted, conduciendo el mismo coche con el que atropelló a Mona Madigan.

—¡Cristo! Liz no...

—Olvide lo que le he dicho sobre la «tostadera», Prescoe —atajé secamente—. Usted no irá a ella. Se lo prometo. ¿Sabe por qué? Porque voy a matarle tan pronto como ate algunos cabos que aún quedan sueltos. ¿Qué tenía contra Elizabeth?

No replicó a aquella pregunta, pero sí dijo:

—Creo verdaderamente que está loco, Sheldon. Por lo tanto, le recomiendo que tenga un poco de cuidado, y que piense en mi proposición.

Sin replicar, giré sobre mis talones y alcancé la puerta.

¿Qué podía hacer por el momento?

Lo que intentaba. Tragarme la bilis que almacenaba mi estómago. En fin, y resumiendo, tenía que esperar hasta conseguir

las pruebas de todo. Después, Prescoe se vería conmigo. Mí «Colt» tendría entonces la última palabra.

Abrí la puerta sin dejar de pensar. Como esperaba, los tres *gangsters continuaban en el pasillo*.

Encaré al llamado Joe y sin pronunciar palabra extendí la mano.

Él miró por encima de mi hombro, hacía mis espaldas.

No me volví. No lo hice ni cuando Prescoe dijo detrás:

—Puedes darle la artillería, Joe.

Sin pronunciar una sola palabra el *gangster me entregó el «Colt», que a continuación guardé en la funda axilar*.

Hecho esto, y sin volver la cabeza, caminé hacia el fondo del pasillo, buscando la escalera.

Alcancé la calle sin que nadie fuera detrás de mí, y caminé ahora hacia la playa de estacionamiento, donde tenía aparcado el «Zodiac».

El coche continuaba allí, pero no estaba solo.

Cora Grey se encontraba en él, y no se movió de la postura que había adoptado, si bien volvió el rostro hacia mí para sonreírme.

—¿Sorprendido? —preguntó en el acto.

La miré.

Tenía ahora tantas o más cosas que mirar que cuando estaba en la pista con el dos piezas lleno de brillantes lentejuelas.

Unos pendientes de perlas, un collar de lo mismo en la garganta, ciñendo delicadamente su blanco cuello, y la apretada blusa en la cual se marcaban sus senos con entera nitidez, una falda acampanada que ahora no estaba necesariamente donde debía de estar, a pesar de llevarla puesta.

Sus piernas, que mostraba casi con entera profusión, estaban cubiertas de fino y bien relleno nylon, y sus pequeños pies iban calzados con zapatos de alto tacón.

—Sí, un poco —repliqué—. ¿Dónde la llevo?

Se retrepó contra el asiento; ladeó su linda cabeza y me miró.

—A mi apartamento —replicó fríamente—. Deseo hablar con usted, Sheldon.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué no lo hace aquí mismo, Cora? —pregunté.

—¿Tiene miedo de mí, pesquisa?

—¡Y un cuerno! —dije.

Soltó una risita y replicó:

—Pues entonces lléveme allí, ¿quiere?

—Usted guía, hermana.

Arranqué mientras Cora me daba una dirección allá por la calle 16.

Un apartamento elegante y amueblado con gusto maravilloso. Tan maravilloso como ella misma.

Esto lo pensé apenas entrar, y continué pensándolo mientras Cora me conducía al *living*.

Ya en él, se volvió para mirarme.

—Siéntese, Sheldon —dijo—. Mientras descansa voy a prepararle algo para beber, ¿no? ¿Qué prefiere?

—Cualquier cosa es buena para mí, Cora.

Sin replicar, ella se alejó.

La seguí con los ojos viendo cómo empezaba a manipular en el mueble bar y después en el frigorífico.

Me tenía intrigado. Ésa era la verdad.

Nunca había hablado con Cora, y ahora estaba allí, en el apartamento de ella, casi en la intimidad.

¿Por qué? ¿Qué deseaba de mí?

No tuve mucho tiempo para pensar en ello. Cora venía ya hacia mí llevando en las manos dos altos vasos más que mediados de *whisky* con hielo.

Acto seguido los depositó encima de la pequeña mesita y me miró.

Alargué la mano, tomé uno, bebí un poco y la miré, invitando:

—Empiece, Cora. No tengo mucho tiempo que perder, compréndalo.

Tardó más de tres segundos en replicar. Cuando lo hizo tuve que disimular un sobresalto.

—Quiero hablarle de fotografías, Sheldon.

—¿Qué clase de fotografías, Cora? —pregunté.

Sonrió lo mismo que pudiera hacerlo una tigresa. Luego se inclinó sobre la mesita ratona y tomó el vaso.

Bebió un largo sorbo. Después, mirándome fijamente, replicó:

—Creo que será mejor que se las enseñe, Sheldon.

Antes de que pudiera replicar, Cora giró en redondo y se alejó. La vi entrar en su dormitorio y esperé su regreso, pensando.

En Liz, en Mona, y en Della. También en la mujer que me telefoneó, y en un hombre llamado Larry Templar.

Entonces recordé.

Y al recordar, estuve a punto de ponerme en pie de un salto, porque Larry era uno de los dos nombres que Della me dio cuando hablé con ella.

No pude hacer más conjeturas porque Cora regresaba ya, llevando en la mano un largo sobre blanco.

Se sentó en el sofá, a mi lado, muy cerca de mí, envolviéndome con su costoso perfume.

Bebió un poco y la imité.

Acto seguido depositó el vaso en la mesita ratona y me miró alargándome el sobre.

—Eche un vistazo a eso, ¿quiere, pesquisa? —dijo.

Tomé el sobre y lo abrí.

Eran tres fotografías.

La primera, el motor de un «Mercedes» descapotable cuya matrícula se veía con entera claridad.

La segunda, el mismo «Mercedes», y a Liz en primer plano, descendiendo de él, con los ojos desorbitados por el espanto.

La tercera era mucho peor.

Mucho, muchísimo peor de lo que cualquiera se pueda imaginar, en el caso de que Liz estuviera viva. Pero Liz, por suerte para ella misma, había muerto.

Era el mismo «Mercedes», situado ahora en un plano más lejano, la misma Liz, fuera del coche, pero ahora mirando a una mujer, caída en el suelo, frente al radiador, y posiblemente muerta.

¡Y aquella mujer era Mona Madigan!

Mona, cuyo cadáver había aparecido mucho después flotando en las aguas del Hudson.

CAPÍTULO IX

Miré a Cora, que instintivamente retrocedió hacia el extremo opuesto del sofá.

—¿Cuánto pides por esas fotografías incluyendo los negativos, preciosa? —pregunté.

Sin apartar de mí sus ojos llenos de susto, Cora denegó con la cabeza. Me puse en pie guardándome las fotografías en el bolsillo de la chaqueta y fui hacia ella. Y entonces ya no me pareció tan maravillosa como en un principio.

Mi bofetada la alcanzó en plena cara y su hermosa cabeza golpeó duramente contra el respaldo del sillón.

—Habla, Cora —dije secamente—. ¿Cómo tienes esto en tu poder? Habla, ¿quieres?

Levanté de nuevo la mano y ella me la sujetó antes de que la dejara caer.

—¡No lo sé! —gritó—. ¡No lo sé! No sé cómo han venido a mi poder. ¡Le digo la verdad, Sheldon!

Conté hasta diez para no perder la calma y a continuación tomé el vaso de *whisky* y lo apuré de un trago.

Luego fui al mueble bar y me, preparé otro.

Ya con el vaso lleno me volví a mirarla.

Cora Grey se estaba arreglando los rizos mientras su pujante seno se movía descompasadamente a impulsos de la agitada respiración de su dueña.

Me acerqué.

—Será mejor que me lo digas todo, Cora —pedí venenosamente—. Pero antes debo decirte que estas fotografías no tienen valor alguno para un chantaje. Liz murió anoche en...

—¡Lo sé! —me atajó ella—. Lo he leído en los periódicos.

Levanté el vaso hasta mis labios. Antes de beber, mirándola por encima del borde del cristal, dije:

—Explícate, cariño. Es la última vez que te lo pido.

—Por favor, Sheldon —replicó—. Espere un poco. Yo... —Se llevó la mano a la mejilla golpeada, y entonces exclamó, ya demasiado tarde—: ¡Oh!

Me aparté unos pasos y fui a sentarme en uno de los sillones, mirándola.

La agitación de sus senos se iba calmando poco a poco, por lo que comprendí que Cora también se iba recobrando.

—Estoy esperando, querida —dije.

Hubo una pausa. Después suspiró y a continuación dijo:

—No sé cómo vinieron a mi poder, Sheldon. Alguien tuvo que ponerlas dentro de mi camerino. Las encontré esta tarde apenas llegar al «Nevada», dentro de uno de los cajones de la coqueta. Ésa es la verdad.

—¿Esperas que te crea?

—No, no lo espero, aunque le estoy diciendo la verdad —repitió.

¿La decía?

Era una pregunta que no tenía respuesta para mí. Podía creerla o no. Pero eso iba a depender de muchas cosas.

—¿Algo más, Cora? —pregunté.

—No, que yo sepa, Sheldon, como no sea decirle que tomé esas fotografías y las traje aquí, en espera de poder devolverlas a Liz. Aún no sabía que había muerto.

—Háblame de ella, Cora —dije.

Se sorprendió. Por lo visto no era eso lo que esperaba de mí.

—¿De quién? ¿De Liz? —preguntó.

—Sí, de Liz —repliqué—. ¿La conocías?

Sonrió.

—Sí, la conocía. Sabía que estaba casada con un investigador privado. Tal vez era yo una de las pocas personas que lo sabían en el «Nevada». Ni Mona ni Sheila estaban enteradas de ello, Sheldon. Por eso, porque era mi amiga, quise hacerle ese favor. Pero cuando llegué aquí y por los periódicos supe que había muerto, comprendí que de nada servía esconder las fotos.

—¿Ha sido por eso por lo que me las has entregado a mí?

—Claro. ¿Por qué si no?

—Confieso que aún no lo sé, Cora. Confieso también que deseo retorcerte el cuello hasta que me cuentes toda la verdad, pero eso es

algo que no puedo hacer aún.

Hice una corta pausa y añadí antes de que Cora pudiera replicar:

—Pero dejemos esto por ahora, querida. Sigamos con Liz. ¿Qué sabes del chantaje que le estaban haciendo?

Cora abrió mucho los ojos y me miró llena de asombro.

—¿Chantaje? —preguntó—. Nunca lo hubiera creído. Por otra parte, Liz nada me dijo de ello. ¿Está seguro de lo que dice, Sheldon?

—Sí —repliqué, para preguntar a continuación—: Liz coqueteaba con algunos hombres, ¿no? Con uno en particular, ¿verdad?

Sin replicar de momento, Cora alargó el brazo para tomar el vaso de *whisky* y lo levantó.

Vi que su mano no temblaba.

Antes de beber, Cora preguntó:

—Liz está muerta, Sheldon; ¿qué puede importarle ahora lo que hiciera o dejara de hacer cuando estaba viva?

La miré atentamente, preguntándome por el verdadero significado de sus palabras. Después repliqué con la verdad de lo que pensaba:

—Ha muerto pero aún queda algo, Cora. Cierto que se estrelló con el coche, pero cierto también que Liz nunca condujo a la velocidad que lo hacía aquella noche. Sí, Cora, para todos ha sido un accidente. Para todos menos para mí. Liz estaba nerviosa. Venía a encontrarse con ese chantajista. El nerviosismo que la poseía fue lo que la mató. Una causa baladí si se quiere, pero que por muy baladí que sea tiene un culpable; el chantajista. Y quiero a ese hombre, monada. ¿Quién es, Cora? Tú lo sabes.

Bebió lentamente. Después de depositar el vaso sobre la mesita ratona, susurró:

—Liz salía mucho con un hombre llamado Larry Templar, Sheldon. Un tipo interesante. Frecuenta mucho el «Panam's».

La miré suspicaz.

—Entonces fuiste tú la que telefoneó, ¿verdad? ¿Por qué?

Cora se puso en pie de un salto.

—No le entiendo a usted, Sheldon —dijo después.

Por mi parte continué en el sillón sin apartar mis ojos de ella.

—Dejémoslo entonces, preciosa —dije. Y a continuación solté

otra pregunta—: ¿No será Ed Prescoe el que te mandó para que me entregaras esas fotografías ahora que Liz ha muerto, Cora?

—¡Cuernos, Sheldon! —exclamó—. Prescoe no tiene ni idea de esto. Estoy segura de ello.

—Puede ser —repliqué—, aunque yo no estoy tan convencido.

Me puse en pie y añadí:

—Volveremos a vernos, Cora. Volveremos a hablar de estas fotografías. —Me toqué el bolsillo donde las guardaba y añadí a continuación—: Tan pronto como recibas los negativos llámame, querida.

—¡Pero, Sheldon! Si yo no...

La atajé con una pregunta:

—Prescoe y Liz eran amigos, ¿verdad?

Suspiró fuerte y luego replicó:

—Aunque no sé dónde quiere ir a parar, le diré que sí.

—¿Muy amigos?

—Creo que está loco, Sheldon. Porque no hace caso y va a ver a...

Hice un gesto y ella calló en seco. Después giré en redondo y fui hacia la puerta.

Al atravesar el umbral, llevándola a mi espalda, dije:

—Volveremos a vernos, querida. Debes saber que no me gustan los chantajistas.

—Ni a mí tampoco, pesquisa. Ni ellos ni que me golpeen, ¿comprende?

Bajé en el ascensor.

Ya en la calle, busqué un bar y en él una cabina telefónica.

Diez minutos después conducía hacia la Quinta Avenida. Hacia el establecimiento donde Della Madigan trabajaba como modelo.

Iba a cerrar un caso que terminó con la muerte de Liz. Para Della aquél era el final. Su hermana Mona estaba en la Morgue, y Liz, la persona que la atropelló, completamente carbonizada.

Para ella, como digo, aquél era el final, aunque no lo fuera para mí.

Quedaban Prescoe y Larry Templar. Quedaba la muerte de Sheila. Sheila, que iba a venderme una información por diez mil dólares.

¿Las fotografías que ahora llevaba en el bolsillo?

Pudiera ser. Pero si era así, ¿quién las dejó en el camerino de Cora, contando con que ella me hubiera dicho la verdad?

¿Sheila?

Posiblemente, sí. Pero ¿por qué? ¿Qué había entre ella y Cora Grey?

¿Qué relación existía entre Sheila y un hombre llamado Larry Templar? ¿Y con Liz?

Eran preguntas a las cuales sólo me podía contestar de una forma vaga en extremo.

Preguntas que continué haciéndome hasta llegar al establecimiento donde Della trabajaba.

La muchacha me estaba esperando en la puerta del mismo, y al punto noté que se hallaba muy agitada. Tal vez debido a su agitación, la encontré mucho más hermosa que la última vez que la vi.

Aparqué el coche frente a ella, que avanzó en el acto, y abrí la portezuela para dejarla entrar.

Della se colocó a mi lado. Su pálido rostro me hizo pensar que ella ya sabía la noticia mucho antes de que yo la llamara diciendo que quería hablarle.

—Ya lo sabes, ¿verdad? —pregunté.

Me miró largamente y después replicó:

—Sí, Red, ya lo sé. ¿Quién la mató? Eso es lo único que no me ha dicho la policía.

Sin replicar, di el encendido y arranqué.

—¿Dónde te llevo, querida? —pregunté.

—A mi casa.

Aquello me sorprendió.

—Creí que querías ir a la Morgue, Della —repliqué.

Sin mirarme, con los ojos fijos en el cristal del parabrisas, replicó:

—Venía de allí cuando tú me telefoneaste, Red. —Hizo una pausa y agregó a continuación—: Verás, Red, esta mañana, apenas levantarme, leí el periódico. Entonces tomé un taxi y me hice trasladar a la Morgue. Era Mona, Red. Hablé con la policía y me dijeron que cuando la tiraron al río aún vivía. Ha sido un asesinato. Primero la atropellaron, y después, inconsciente...

Se tapó el rostro con las manos y yo no dije nada, respetando su

dolor.

No abrí la boca hasta que ambos estuvimos dentro de su apartamento, sentados en el *living*, *frente a frente*.

CAPÍTULO X

Y fue Della la que rompió el silencio que había entre los dos.

—De la Morgue me trasladé a la casa donde trabajo y pedí permiso para hoy. Tu llamada me sorprendió cuando ya me disponía a irme.

La miré sin saber qué decir. No obstante, sabía lo que tenía que hacer, pero no me atrevía a ello.

Y fue Della la que añadió casi al instante:

—Deseo saber quién fue el que lo hizo. Red. Pagaré por ello todo lo que me pidas, ya que quiero que seas tú el que siga investigando. Quiero que seas tú el que lo descubra.

Me puse en pie, y ella me imitó mirándome sorprendida.

No la dejé preguntar. Extraje del bolsillo el sobre con las fotografías y se lo mostré.

Della lo abrió, y mientras las examinaba escruté su semblante. Excepto la palidez que lo cubría, nada más pude notar.

Después levantó los ojos hacia mí y los clavó en los míos.

—Esa mujer es... Es Liz, ¿no?

—Sí —repliqué secamente.

—Esto cierra el caso, ¿no? —preguntó después de una corta pausa.

Confieso que me asombró su extrema serenidad, tanto que durante unos cuantos segundos no supe ni lo que decir ni lo que hacer.

Después extraje la cartera y de ella los quinientos dólares que me entregara.

Alargué la mano hacia Della.

—Esto es tuyo, muchacha —dije.

Sonrió, aunque había cansancio en su sonrisa.

—No, Red —replicó—. Son bien tuyos. Después de todo, tú te lo has ganado. —Calló durante unos segundos y después añadió—:

¿Qué vas a hacer ahora?

Pensé en Liz, en Mona, en el atropello, y en el desconocido que tomó aquellas fotografías.

Pensé también en Sheila, y al hacerlo así recordé a Ed Prescoe. Un hombre que había ofrecido diez mil dólares por el que mató a Mona Madigan.

Por la entrega de Liz.

¿Qué diría cuando se enterara?

Sentí tentaciones de reír, pero no lo hice. Me limité a mirar a Della, cuya pregunta aún estaba en el aire. Contesté a ella:

—Queda Sheila Dexter, Della —dije.

—¿Por qué Sheila? —preguntó.

—Murió asesinada, muchacha, y yo quiero a su asesino.

—¿Por qué?

Sonreí antes de dar la respuesta.

—Liz estaba sufriendo un chantaje. Sospecho que Sheila conocía al tipo en cuestión, que conocía todo el asunto. Ella quería venderme una información por diez mil dólares, y quiero saber qué clase de informe era ése. Por otra parte, también deseo saber quién es un hombre llamado Larry Templar.

Pero me callé lo principal, ya que aquello no era todo.

También quería saber quién era la mujer que por dos veces me había llamado por teléfono, poniéndome sobre la pista del chantajista, y los motivos que había tenido para ello.

Quería ajustarle las cuentas a Ed Prescoe. ¿Cuál de ellos tenía sometida a Liz a un chantaje?

La exclamación de Della me sorprendió, interrumpiendo mis pensamientos.

—¡Claro, Red! Ahora lo recuerdo. Larry Templar...

¡Así se llamaba el hombre que acompañaba a Liz en multitud de ocasiones! Ya te dije algo de ello, ¿recuerdas?

Contesté con otra pregunta:

—¿Le conocías tú?

—Sólo de verle con Liz —replicó—. También te lo dije en nuestra primera entrevista, ¿no?

—¿Podrías describirlo?

—¿Piensas ir a verle?

—Sí. Creo que sí...

Della entornó los ojos. Por unos momentos permaneció mirándome fijamente por entre sus entornados párpados, y después dijo:

—Es alto y rubio. Fuerte. Casi tanto como tú, Red. Ojos negros y... Bueno, en fin, las mujeres decimos que es bastante guapo.

—Es asiduo al «Panam's», ¿no?

—Sí. Liz iba allí muchas veces.

—¿Con él?

—Sí.

—Liz iba a muchas partes. También tengo entendido que frecuentaba el «Nevada», ¿verdad?

—Sí. Allí conoció a Mona. Creo que ya hablamos de esto, ¿no? También te dije que había sido ella y no quisiste creerme.

No repliqué a aquello. No podía.

Pensé ahora, y después de unos cuantos segundos de hacerlo lo solté:

—¿Por qué no me dijiste que Mona tenía un «*affaire*» con Prescoe, Della?

Retrocedió unos pasos con el rostro completamente blanco. Luego soltó una exclamación y al fin replicó:

—¡Mentira! ¡Estás mintiendo, Red! Mona no...

—Pregúntale a Prescoe, querida —atajé en seco—. Él me lo dijo. Me paga, si quiero, diez de los grandes por descubrir al asesino de Mona. Por entregárselo a él. En este caso a mi propia esposa, monina —terminé con sarcasmo.

—No, no puede ser...

Sacudió la cabeza, como si de ella quisiera apartar aquella idea y al fin replicó:

—¿Algo más. Red?

Era una despedida en toda regla, pero la disculpé. La comprendía.

—No, nada más —reliqué—. Ya me voy, Della. Gracias por todo. Es... es lo único que puedo decirte. Otra cosa...

Fue entonces cuando sonó el timbre del teléfono, sobresaltándonos a los dos.

Della frunció el ceño, me miró, vaciló unos cuantos segundos mientras el timbre continuaba repiqueteando, y después descolgó el auricular.

La oí preguntar, luego decir que sí, y acto seguido, ante mi estupor, me lo entregó.

—Una mujer pregunta por ti, Red —dijo.

Con lo que mi estupor creció de punto.

¿Cora Grey? ¿Cómo sabía que me encontraba allí, en el apartamento de Della?

Sin dejar de hacerme preguntas tomé el auricular y lo acerqué a mi oído.

Casi en el acto oí la voz de la mujer. De una mujer que ya me había telefoneado una vez.

—Llevo más de una hora intentando localizarle, pesquisa —dijo por todo saludo.

La atajé.

—Pues ya me ha localizado —repliqué—. Suéltelo, hermana, ¿quiere?

Su risa sonó en mis oídos tan sofocada como su voz.

Después vino la pregunta:

—¿Fue al «Panam's»?

—No, no tuve tiempo. Pero oiga, ¿qué se ha...?

—No se sulfure, pesquisa —me atajó—, sino todo lo contrario. Lo correcto en usted sería que me diera las gracias por mi aviso, ¿no? Larry Templar estará allí esta noche. Va a entrevistarse con una mujer. Si es listo y me hace caso, puede que descubra algo que le interesa.

Siguieron unos cuantos segundos de silencio. Luego repliqué:

—¿Quién diablos es usted? ¿Quiere decírmelo?

Al punto oí el «clic» que hizo el auricular cuando ella lo colgó al otro lado del hilo, y lancé una maldición.

Acto seguido miré a Della. Della, que estaba a mi lado.

De nuevo pensé en Liz, que estaba muerta. Recordé a Sheila y a Mona Madigan, las dos asesinadas. Y acto seguido exclamé sin poderme contener:

—¡Maldita seas de una vez. Cora!

Miré a Della, que a su vez no quitaba los ojos de mí, y después tomé de encima del sofá las fotografías de Liz y del «Mercedes».

Las guardé en el bolsillo.

—Siento lo ocurrido, De... —empecé.

Me atajó con un gesto y callé. Nada había que hacer allí. Nada

tampoco que decir.

Giré hacia la puerta. Della vino detrás. En el umbral me volví para mirarla.

¿Una despedida definitiva?

Estuve a punto de encogerme de hombros, y no obstante pregunté:

—¿Volveremos a vernos, Della?

La vi vacilar, como si luchara consigo misma. Al fin respondió:

—No lo sé, Red. Comprende que...

Sin querer escuchar el resto de la frase crucé el umbral, y sin saber cómo me vi en la calle, frente a mi coche.

Me alejé de allí pensando en Della mientras buscaba un «*snack bar*».

Pensé también en Liz.

Liz, que posiblemente salía aquella noche del «Nevada», tanto o más nerviosa que cuando se mató.

Ese mismo nerviosismo pudo provocar el atropello de Mona. Después, asustada, tomó lo que creyó un cadáver y lo lanzó al Hudson. Veinticuatro horas después moría a su vez en un accidente.

¿Provocado por qué? ¿Por causa del chantajista? ¿Quién de los dos, Larry Templar o Ed Prescoe?

¿Era aquélla la verdad, o se trataba de un atropello provocado por los celos, como ya pensé en una ocasión?

Mientras las preguntas danzaban en mi mente de un modo alocado, aparqué el coche frente a un «*snack*», en pleno Broadway, y entré caminando directamente hacia la barra.

Pedí un «Manhattan» con hielo y, mientras me lo servían, fui a la cabina telefónica y busqué un número en la guía.

Disqué.

Durante unos cuantos segundos oí al otro lado la señal de marcar. Después la voz de una mujer.

—¿Diga...?

—Deseo hablar con Ed Prescoe, monina —dije—. Póngame con él.

Hubo una pausa que duró unos cuantos segundos, y al cabo de ellos vino la respuesta:

—Lo siento, pero míster Prescoe no está. ¿Quiere dejar algún recado para él?

Vacilé unos cuantos segundos y al fin repliqué:

—No. Pero dígame que ha telefoneado Red Sheldon, ricura.

Vagamente, me pareció que contenía la respiración. Luego, como si alguien tomara el auricular de su mano, o simplemente que la mujer no estaba sola al lado del teléfono.

La primera versión era la cierta.

Lo supe al segundo siguiente, cuando hasta mis oídos llegó la voz de Prescoe.

—Hola, pesquisa —dijo—. ¿Me llama para decirme que al fin acepta mi proposición?

No vacilé al dar la respuesta.

—No, nada de eso, Prescoe —repliqué—. No le llamo para eso. Simplemente, lo he hecho para decirle que ya sé quién mató a Mona Madigan. ¿Sorprendido?

Al otro lado del hilo sonó una violenta interjección. Luego vino la pregunta con la misma rapidez que una bala:

—¿Cómo ha llegado a esa conclusión, pesquisa?

Solté una risita que a mí mismo no me hizo daño y repliqué a continuación:

—Le gustaría saberlo, ¿verdad? ¿O lo sabe ya? —Hice una ligera pausa y continué—: Escuche, Prescoe, se lo diré todo cuando sepa el motivo por el cual usted le estaba haciendo chantaje a Liz. Lo uno por lo otro. ¿Qué responde?

De nuevo replicó con la misma velocidad que una bala:

—Venga a verme, Sheldon. Cambiaremos impresiones.

Me reí de él, y a continuación repliqué:

—¿Al «Nevada»? Ni lo sueñe, Prescoe.

No se rió. No se burló de mis temores. Simplemente, replicó:

—De acuerdo, Sheldon. Diga dónde puedo verle e iré completamente solo.

Por unos segundos pensé si verdaderamente iba a hacer saltar la liebre, y repliqué:

—Esta noche estaré en el «Panam's», Prescoe.

—¿En busca de Templar?

Sin replicar a su pregunta colgué el auricular. Regresé a la barra y lentamente paladeé el «Manhattan».

Media hora más tarde abandonó el «*snack bar*», y de nuevo con el volante entre las manos deambulé por Nueva York, de un lado

para otro, mientras el nombre de Liz, unido a todo aquello, danzaba en el interior de mi cerebro de una manera infernal.

CAPÍTULO XI

Finalmente, la ciudad se cubrió de sombras. Entonces me encaminé a un nuevo bar, ya en plena Quinta Avenida, y pedí un bocadillo de jamón y una cerveza.

Al terminar consulté el reloj.

Las nueve de la noche.

Abandoné la barra y de nuevo me vi en la calle. Ya dentro del coche examiné el «Colt», después lo dejé en la funda axilar. Lentamente, conduje hacia el «Panam's».

Pero no entré en él. Me quedé dentro del «Zodiac», esperando.

Nuevamente miré el reloj. Las nueve y cincuenta minutos. Entonces pensé en Ed Prescoe preguntándome si ya estaría dentro.

Ahora miré en torno. La playa de estacionamiento estaba abarrotada de coches, pero no vi nada sospechoso.

Encendí un cigarrillo, que consumí lentamente. Y continué esperando expuesto a que me equivocara de hombre.

Rubio, ojos negros y tan alto... Bueno, según palabras de Della, bastante parecido a mí.

Más de veinte veces consulté el reloj antes de que la viera salir del club.

Y bien acompañada.

Della Madigan acababa de aparecer por la puerta del «Panam's» en compañía de dos hombres, uno de los cuales era Ed Prescoe.

En cuanto al otro, no le conocía.

Instantáneamente recordé a mi desconocida informante. ¿Larry Templar? Pudiera ser. Si era así, los lobos se reunían aquella noche.

En cuanto a Della... ¿por qué?

Miré al hombre. Llevaba un sombrero calado casi hasta los ojos, y una trinchera. Podía ser moreno o rubio, no importaba. También podía ser Larry Templar u otro cualquiera. Pero estaba Della con ellos, y me dispuse a seguirlos.

Vi cómo se detenían en la acera y empezaban a hablar animadamente. Pero fue muy poco. Hasta que un largo y negro «sedán» se detuvo junto al bordillo, frente a los tres.

Y me equivoqué al pensar que Della Madigan se iría con Prescoe, ya que no fue así. El «gangster» marchó completamente solo, dejándoles a ellos dos allí.

Les miré.

Al hacerlo recordé de nuevo la llamada de aquella noche y de nuevo me hice la misma pregunta. Larry Templar tenía que entrevistarse aquella noche con una mujer.

¿Della? ¿Por qué?

No lo sabía. Y mientras mi mente se sumergía en un mar de ideas cada cual más contradictoria, la pareja se puso en movimiento avanzando hacia la playa de estacionamiento.

¿Era verdaderamente Larry Templar el acompañante de Della?

Yo no podía saberlo. La trinchera y el sombrero, así como también la distancia que nos separaba, dificultaban mi visión.

Aquel hombre podía ser o no ser Larry Templar, pero ella era Della Madigan. Y fue en aquel instante cuando me di cuenta de que la muchacha me interesaba tanto o más que el hombre.

Di el encendido y, al hacerlo, fue cuando empecé a tener la suerte de cara, aunque en aquel momento yo no lo sabía ni mucho menos.

Les vi subir a un «Nash» color crema y arranqué en pos de ellos.

Veinte minutos más tarde el coche que llevaba a Della se detenía frente a la puerta del edificio donde tenía su apartamento.

Me detuve a mi vez en la acera opuesta y apagué los faros de ciudad, pensando si Larry Templar o el que fuera subiría con Della a su apartamento. Verdaderamente sería interesante saberlo aunque a mí me reconcomiera la envidia.

Della descendía en aquel momento. Vi cómo hacía un gesto con la mano, en señal de despedida, y cómo después cruzaba la acera. Acto seguido abrió la puerta que daba acceso a la escalera y penetró en el portal.

Della iba a dormir. Aquello era lo más seguro. Por lo tanto desvié los ojos de ella y los clavé en el «Nash».

En aquel momento se estaba despegando del bordillo. Repetí la misma operación, y ahora, sabiendo dónde estaba Della, sabiendo

dónde podría encontrarla si lo deseaba, continué tras el hombre.

Unos minutos más tarde solté una maldición, porque el tipo se encaminaba nuevamente hacia el «Panam's».

Aparqué el «Zodiac» junto al «Nash» justo en el momento en que el tipo descendía de él. No se fijó en mí; cruzó la acera y desapareció por la puerta del club.

Encendí un cigarrillo.

Lo terminaba ya cuando le vi regresar. Entonces abandoné el coche mientras me llevaba un nuevo cigarrillo a los labios.

Y pregunté cuando le vi abrir la portezuela del «Nash»:

—¿Tiene fuego, por favor?



—¿Tiene fuego, por favor?

Se volvió hacia mi introduciendo ya la mano en uno de los bolsillos de la americana.

Rubio y de ojos negros...

Y se quedó con ella allí, mirando la «Colt» 45 que le apuntaba al estómago.

—¿Qué significa esto? ¿Un atraco? —preguntó. Sonreí.

—No, nada de eso —repliqué—. Se trata de un simple paseo. Ande, suba al coche, que nos vamos.

Apartó los ojos de la «Colt» y los clavó en los míos. Vaciló, y entonces añadió:

—Será mejor que obedezca, Templar, si no quiere que le haga un agujero en alguna parte de su cuerpo. Vamos, no deseo llamar la atención por ahora.

—¿Quién es usted? ¿Policía?

Sonreí de nuevo, aunque malditas las ganas que tenía de hacerlo.

—No —repliqué—. Mi especialidad son las colecciones. Ahora colecciono fotografías. Más que fotografías, colecciono negativos. Los negativos de ciertas fotografías si me explico con claridad. ¿Vamos?

—No le entiendo a usted.

—Hay tiempo para todo, Templar —dije—. Por lo tanto usted también lo tendrá para entenderme. Suba al coche, ¿quiere?

Sin replicar ahora, encogiéndose de hombros, subió al «Nash».

Me acomodé junto a él clavando el cañón de la «Colt» en su costado.

—Usted manda —dijo él secamente.

Di la dirección de mi quinta y terminé:

—No corra mucho ni haga ninguna tontería. Templar. Podría tener un disgusto.

No me replicó.

Así, siempre en silencio, alcanzamos la quinta.

Obedeciendo a una indicación mía, Templar aparcó el coche frente a la puerta de la misma. Luego me miró.

—¿Qué intenta hacer conmigo? —preguntó.

Por toda respuesta descendí del coche sin dejar de apuntarle.

—Vamos adentro —repliqué después—. Quiero hablar con usted.

—¿Y para eso me ha traído hasta aquí a punta de pistola?

—Baje del coche, Templar —fue la respuesta que le di. Lo hizo y entonces añadió:

—Vuélvase de espaldas a mí.

Mansamente, Templar continuó obedeciendo. Cuando le tuve de

espaldas a mí me acerqué adoptando precauciones para no ser sorprendido.

Le registré.

Pero Larry Templar no tenía sobre su persona ni un simple cortaplumas.

Retrocedí un paso.

—Vuélvase, Templar —dije.

Lo hizo, y entonces le tiré las llaves de la quinta.

—Usted primero —añadí—. Abra la puerta, ¿quiere? Dócilmente, con una docilidad que me asombraba, Templar continuó obedeciendo en silencio. Después, llevándole frente a mí, le conduje hasta el *living*.

—Siéntese, Templar, y procure ponerse cómodo —dije inmediatamente después señalando uno de los sillones.

Lo hizo sin dejar de mirarme y luego preguntó:

—¿Puedo fumar?

—Hágalo.

Introdujo la mano en el bolsillo trasero del pantalón, sacó un arrugado paquete y encendió un cigarrillo. Acto seguido fumó en silencio unos cuantos segundos y después preguntó:

—¿Puedo saber quién es usted y cuándo acabará esta comedia?

—A lo primero le contestaré que me llamo Red Sheldon —dije—. En cuanto a lo segundo, eso va a depender de usted.

Entonces saqué del bolsillo el sobre con las fotografías y sin dejar de apuntarle añadí:

—Eche un vistazo a eso. Templar.

Tomó el sobre al vuelo, me miró, y acto seguido lo abrió.

Durante dos o tres minutos Templar estuvo examinando las fotografías. Luego las guardó siempre con el más absoluto silencio, y a continuación me miró:

—Esa chica, Sheldon, siempre ha sido bastante lista —dijo.

Pregunté como un disparo:

—¿Qué es lo que sabe de Liz Carrigan, Templar?

—Liz... ¿qué?

Luego, como si repentinamente me hubiera oído, Templar preguntó de nuevo:

—Se refiere a la de la fotografía, ¿no, Sheldon?

—¿A quién si no, Templar? Vamos, desembuche.

—Creo que está usted loco, Sheldon —fue lo que dijo.

De inmediato avancé un paso hacia él. Demasiadas personas ya me habían dicho que estaba loco, y aquello no me gustaba. No me gustaba en modo alguno.

—¿Por qué estoy loco, Templar? —pregunté.

Soltó una risita que me crispó aún más y después exclamó lentamente:

—Porque esa mujer no se llama Liz Carrigan, sino Paula Saint Gene, Sheldon. Quien le haya dicho lo contrario le ha engañado a usted.

La pistola estuvo a punto de escapárseme de la mano ante la sorpresa que experimenté.

¡Cuernos, como si yo no conociera a mi propia mujer!

Pero no dije nada. Callé mientras intentaba recobrarme de mi asombro, y conseguido esto pregunté:

—¿Cómo lo sabe, Templar?

Templar aspiró una gran bocanada de humo y la expulsó por boca y nariz antes de replicar:

—La conocí en Chicago, Sheldon. Se casó con un chantajista, y tuvo varios disgustos con la policía de allí por ayudar a su marido en todo lo sucio que se le ocurriera a éste para poder vivir con el tren de vida que llevaban. Luego el marido murió, y desde entonces perdí su pista, hasta ahora que la he visto en la fotografía.

Pensé rápidamente. Con más, mucha más rapidez que lo había hecho nunca.

Acto seguido repliqué:

—Está mintiendo, Templar, aunque sólo en parte.

—¿Sí...? Esa mujer es...

—He dicho sólo en parte, Templar —atajé—. Y verá por qué: Usted la vio en Nueva York. Cuando fue por primera vez, no lo sé. Pero también sé de buena tinta que no me equivoco, que es así. Se les ha visto juntos en el «Nevada» y en el «Panam's». ¿Me sigue?

Soltó una risita en respuesta a mi pregunta final. Después hizo una mueca y replicó a continuación:

—¡Claro que sí! ¿Por qué no? Es bastante interesante lo que me cuenta, Sheldon. Continúe, por favor.

—Puede que dentro de poco se trague los sarcasmos, Templar —repliqué—. Quizá ahora mismo. Por lo tanto continúo. Usted la vio,

como digo, en Nueva York, y de una forma casual. Estoy por asegurar que en aquel momento no la abordó. Obró con ella como lo que es usted, como un chantajista, Templar. Un vulgar y sucio chantajista. Sospeché, como digo, que siguió a Liz, o a Paula si usted lo prefiere, durante unos cuantos días hasta que descubrió que estaba casada y que se hacía llamar Liz Sheldon o Liz Carrigan. Esto no lo sé con seguridad. Pero era mi mujer, Templar. Entonces habló con ella y pidió una cantidad para callar esa historia a su segundo marido, y Liz o Paula pagó. Volvió a pagar más veces, hasta que se mató en un accidente. Y... Bueno, creo que ésa es toda la historia, Templar.

Callé y di dos pasos hacia él.

CAPÍTULO XII

En el acto Templar se puso en pie llevando una socarrona sonrisa en los labios. Estaba tranquilo, muy tranquilo.

Repentinamente estalló en una violenta carcajada. Cuando la hilaridad le dejó hablar, lo hizo.

—Con que se casó con usted, ¿no? —Volvió a reír y luego añadió—: La chica tenía imaginación y hermosura, Sheldon. Le engañó a usted como a un tonto.

Estalló en otra carcajada y yo di otro paso al frente.

—Me engañó —repliqué—, pero tú vas a soltar todos los dólares que le has sacado, sucio.

Y disparé el puño.

Un puño que llevaba dinamita y una «Colt», sujeta con los dedos del mismo.

Templar recibió el impacto a un lado de la cara. Giró en redondo sobre sí mismo abriendo los brazos en cruz. Dio un traspié, volvió a girar y después se estrelló contra la mesita ratona, que se hizo astillas bajo su peso.

No me moví del sitio esperando a que se levantara, lo que sucedió casi en el acto.

Me miró con odio infinito y continué apuntándole.

—Me pagará este golpe, bastardo —masculló entre dientes—. Voy a hundirle a usted, Sheldon. Voy a hacer que todos los periódicos escandalosos de Nueva York se ocupen de su caso. Voy a hacer que publiquen esa historia sin quitar una sola coma. Cuando acabe con usted, tendrá que abandonar la ciudad, Sheldon.

Sin replicar avancé de nuevo hacia él, notando cómo instintivamente se ponía en guardia.

—¿Cuánto le sacaste a Liz? —pregunté parándome frente a él.

Templar tenía los ojos turbios cuando los clavó en los míos. Tan turbios como su voz.

—Nada, pesquisa —replicó—. Ni un solo dólar. Liz, como usted la llama, no me entregó un solo centavo. No tuvo tiempo para nada ya que se mató mucho antes.

Pensé, dudando entre destrozarle entre mis manos o no. Pensando en infinidad de cosas. Pensando en Della, en Cora, y en aquellas malditas fotografías.

—¿Cuándo sacaste estas fotografías, sucio? —pregunté.

Sonrió y en el acto hizo una mueca de dolor, llevándose la mano a la mejilla herida por la cual goteaba la sangre.

—No lo hice yo, Sheldon —replicó—. Y le estoy diciendo la verdad.

Durante unos segundos no supe qué replicar. Estudiaba su cara. O yo era tonto, o Larry Templar me estaba diciendo la verdad.

Ensayé entonces una nueva pregunta deseando pillarle en una contradicción.

—¿A qué fue Della Madigan esa noche al «Panam's», Templar?

—Al parecer está usted bien enterado de mis cosas, ¿no?

—Conteste a mi pregunta —exigí.

—A entrevistarse conmigo, pesquisa. Y no haga más preguntas porque no voy a contestar a ninguna de ellas. Pero si dentro de un par de horas lee los periódicos, entonces sabrá toda la verdad.

—Eso —declaré fríamente—, contando con que salga vivo de aquí, Templar.

—¿Piensa matarme?

Me encogí de hombros y solté una nueva pregunta:

—¿Qué tenía que ver Sheila Dexter con todo esto, Templar?

—¿Por qué Sheila precisamente, Sheldon?

Me reí, y Templar se sobresaltó.

—A Sheila la mató usted, Templar. Lo hizo para cerrar su boca. Ella sabía la verdad de todo. Una verdad que me iba a vender por diez mil dó...

—¡Maldito bastardo!

Se lanzó contra mí, interrumpiéndome.

Le vi venir y pude haberle matado en aquel mismo momento, pero Templar me interesaba vivo.

Tuve el tiempo justo para apartarme, y entonces, de pasada, le golpeé el cuello con el canto de la mano izquierda.

En el acto se le doblaron las rodillas, y luego se desplomó de

bruces.

Vi cómo daba un par de vueltas por el suelo, y entonces miré hacia la puerta del *living*.

Fue algo casual, pero que me hizo saltar de costado. Entonces disparé.

Sin embargo no fue contra Templar, sino contra el tipo que en aquel entonces aparecía en el umbral llevando en la mano una poderosa y fea automática «Lugger».

En el acto aparecieron dos más.

Pero el tipo aquel soltaba ya la automática. Después cayó como un saco y de nuevo tuve que saltar de costado.

Oí los taponazos de las armas y a continuación Templar gritó.

No le miré.

Tampoco perdí un solo segundo. Di dos vueltas por el suelo y disparé de nuevo. Luego salté en dirección al sofá, notando junto a mi rostro el sople helado de la muerte.

El grito de agonía del segundo tipo me siguió cuando volteé al otro lado. Después se apagó con un espeluznante gorgoteo, y esperé la acometida del tercero, agazapado como un gato frente a un ratón.

Sólo que ahora el ratón podía ser yo mismo, y aquello tampoco me gustaba en modo alguno.

El silencio cayó sobre el *living envolviéndolo todo*.

Luego, hasta mis oídos llegó una acelerada pero contenida respiración. Al instante unos pasos precipitados y, después, de nuevo el silencio.

Me puse en pie de un salto al comprender, y corrí hacia la puerta. La atravesé y continué corriendo hacia la salida siempre oyendo aquellos pasos por delante de mí.

Al alcanzar el jardín, mi aparición fue saludada con un fogonazo.

La bala levantó astillas del marco de la puerta y me escogí instintivamente. Disparé por dos veces.

El tipo se tambaleó, pero luego continuó corriendo. Fui tras él.

De nuevo se volvió. Vi el fogonazo y al punto noté una extraña quemazón en el brazo derecho que por fortuna no me hizo abandonar la «Colt».

Disparé de nuevo.

El tipo se detuvo en seco. Vaciló sobre sus pies y acto seguido cayó de cara.

Sin dejar de apuntarle me acerqué y lo volví boca arriba con la puntera del pie.

Escoria.

Una escoria que yo no había visto en mi vida. No le conocía.

Retrocedí, pensando ahora en la policía. Hasta el momento no había intervenido en aquello, pero a partir de aquel mismo instante sí que iba a hacerlo.

Y tampoco me gustaba.

Sin abandonar las precauciones entré en la quinta y me encaminé directamente hacia el *living*.

Con la «Colt» en la mano miré aquella carnicería. Pero no me acerqué a aquellos dos «gangsters» muertos, sino al cadáver de Larry Templar, que con los ojos espantosamente abiertos, caído en el centro de la estancia, parecía contemplarme.

Venciendo las náuseas que me producía me incliné sobre él y le registré.

Una pequeña libreta con algunas anotaciones me llamó poderosamente la atención. La tomé, hojeándola.

Direcciones.

Direcciones que nada me decían y que nada me dijeron hasta que encontré la de Della Madigan y la de Cora.

Me la guardé en el bolsillo y me acerqué al teléfono. Disqué.

Unos segundos más tarde estaba en contacto con la policía. Hecho esto abandoné el *living* y me encaminé al *hall*, donde me senté.

Pensando en Liz.

En Paula Saint Gene. Una mujer que había estado casada con otro. Con un chantajista. Una mujer que había ido a la cárcel y que luego, más tarde, ya en Nueva York, había sido mi secretaria hasta que consiguió casarse conmigo.

Con un extraño mal sabor de boca continué pensando.

Ahora lo hacía en Templar y en los tres «gangsters» que había tenido que matar. ¿En busca de quién iban, de mí, o de Templar?

Continué razonando, pero sin que me fuera posible contestarme a aquella pregunta.

Liz, o Paula, había salido una noche del «Nevada». El motor del

«Mercedes» que conducía había tropezado con la escultural figura de Mona Madigan. Luego, ella, había tomado el cadáver de la muchacha, que no era tal cadáver ya que aún vivía, y lo había echado al río.

¿Fue asesinato o un simple accidente?

Fuera lo que fuese, Sheila Dexter tenía forzosamente que haberlo visto todo y por eso la mataron.

Me estremecí ante aquella nueva posibilidad que se me acababa de ocurrir. Porque si era así, Paula o Liz, la había matado para cerrar su boca.

Pero ¿era aquélla la verdad, o bien la versión que le expliqué a Templar? ¿Cómo saberlo?

Larry también podía haberla matado por el mismo motivo. Sheila podía saber también quién era el chantajista y los motivos que éste tenía para extorsionar a Liz.

Pero ¿era ésta la verdad, o la otra?

¿Quién la mató? ¿Liz, o Larry Templar?

También estaba Della. Y Cora Grey con sus piernas perfectas, maravillosas, de ensueño.

Y Ed Prescoe.

Liz, Cora, Della, Sheila y Prescoe sin contar a Larry Templar.

Mucha gente para un caso tan pequeño como un simple chantaje.

Siete personas de las cuales cuatro habían muerto trágicamente. ¿Por qué?

También estaban aquellos tres «gangsters».

Alguien estaba ocultando algo de suma importancia. ¿Quién? ¿El que hizo aquellas fotografías de Liz y del «Mercedes»? ¿Pero quién? ¿Ed Prescoe?

Aquello era lo más lógico, y sin embargo, la idea se me resistía.

Razonando. Si era así, si fue él, ¿por qué diablos me llamó ofreciéndome diez mil dólares si le encontraba al asesino de Mona Madigan?

¿Una finta?

No lo sabía. Pero si era así, el verdadero motivo de ello quedaba fuera de mi alcance.

El repentino ulular de las sirenas de la policía puso inmediato y repentino fin a mis pensamientos.

Me puse en pie y alcancé la puerta cuando ya estaban llegando. Vi los dos coches cargados de policías y me preparé para recibirlos.

Pero no hizo falta, ya que fue uno solo el que se adelantó para hablarme, mientras el resto rodeaba el cadáver del «gangster» que había quedado muerto en el jardín.

Un sargento del Departamento de Homicidios.

Un sargento que ya había tropezado una vez conmigo a raíz de la muerte de Liz.

CAPÍTULO XIII

Durante unos segundos el sargento Tex Gale me miró en el más completo silencio y después exclamó:

—Al parecer volvemos a vernos, ¿no, Sheldon?

Asentí con un mudo gesto de cabeza y entonces él añadió:

—¿Dónde están los otros fiambres?

—Dentro —repliqué—. En el *living*.

—Acompáñeme, ¿quiere?

Sin replicar di media vuelta y me adentré en la sala llevándole pegado a mis talones.

Una vez en la puerta del *living*, *Gale se me adelantó y yo me quedé en el umbral mirándole.*

Con una frialdad aterradora, el sargento examinó los tres cadáveres durante más de diez minutos y después se volvió hacia mí, encarándome.

—Voy a decirle a mis hombres que entren, Sheldon.

De nuevo asentí en silencio, y luego quedé solo, hasta que la quinta se llenó materialmente de policías de uniforme y paisano. Después vino la ambulancia y con ella el forense.

Y unos minutos más tarde, el sargento Gale estaba de nuevo frente a mí.

—¿Por qué no me lo cuenta todo, Sheldon? —preguntó apenas llegar a mi lado.

—Vamos a mi despacho —replique—. Aquí hay demasiado ruido.

Vino detrás de mí, y ya en el interior del despacho ambos nos sentamos frente a frente.

—Empiece, Sheldon —apremió de inmediato.

—Es un poco largo de contar —repliqué después de unos breves segundos de silencio.

Me miró suspicaz.

—Tengo tiempo hasta mañana noche para escucharle, Sheldon. Por lo tanto, puede empezar cuando quiera.

Disimulé un suspiro y empecé.

—¿Recuerda el accidente en el que murió mi esposa, sargento?

Durante unos segundos, Gale me miró en el más completo silencio y a continuación replicó:

—Sí. ¿Por qué?

—Porque creo que lo uno va unido a lo otro, sargento. Me explicaré.

Lentamente fui contando todo lo hasta aquel momento, pero sin saber por qué callé todo lo referente al cambio de nombres, de personalidad de Liz, y no mencioné las fotografías.

Unas fotografías que aún estaban en el interior del bolsillo de mi americana.

Después de mis palabras finales, un extraño y largo silencio se extendió entre los dos, hasta que finalmente Gale lo rompió con una pregunta:

—¿No se deja nada atrás, pesquisa?

—Creo que no le comprendo, sargento —repliqué lo más fríamente que pude—. No sé el motivo por el cual Larry Templar le estaba haciendo chantaje a mi esposa, si es eso a lo que usted se refiere.

—Sólo en parte, pesquisa —replicó Gale no menos fríamente—. Porque usted sospecha que su esposa fue la persona que atropelló a Mona Madigan y luego la lanzó al Hudson, ¿no?

—Ella está muerta ahora, sargento —repliqué—. Por lo tanto nada me impedirá decirle que sí, si así fuera en realidad. Ciertamente que Sheila Dexter era amiga de Mona y de Liz, y que ella también ha muerto asesinada, según he podido leer en los periódicos.

Y mentí ahora, ya que no me convenía que él supiera que fui yo el primero en descubrir el cadáver de Sheila.

No obstante, Gale me atajó mucho antes de que tuviera tiempo para seguir mintiendo de nuevo.

—Si *mistress* Sheldon atropelló a Mona Madigan, también pudo eliminar a Sheila Dexter si por un medio u otro pudo enterarse de que ella lo había visto todo, ¿no?

—Sí —repliqué bien a mi pesar—. Pero forzosamente no tuvo que ser ella.

Pensé antes que Gale me diera la respuesta. ¿Qué sabía yo de Liz? Nada sino lo que ella misma quiso contarme antes de que nos casáramos.

No obstante también había muchas cosas en su favor, y fueron éstas las que me impulsaron a decir, aun en contra de mi voluntad:

—No fue ella, sargento. Por lo menos no la que asesinó a Sheila Dexter. No pudo hacerlo.

—¿Por qué?

Vacilé un segundo.

Sólo podía contestar con un conocimiento moral, pero sin pensar por ello en la historia que Larry Templar me contó.

Lo hice.

La vida privada de Liz me pertenecía a mí por entero y a nadie más.

—Conocí a Liz hace tres años, sargento Gale, y hace uno que nos casamos. Eso para usted no significa nada, pero para mí sí. Entiéndalo bien: nunca creeré eso de ella. ¡Nunca!

Gale quedó pensativo unos breves instantes y acto seguido replicó:

—¿Y del atropello qué me dice, Sheldon?

Hice una mueca al comprender todo el alcance de su pregunta. Recordé de nuevo las fotografías que llevaba en el bolsillo y por unos segundos estuve a punto de revelárselo todo.

Pero no lo hice.

Liz estaba ahora muerta y ya nada importaba. Había que dar paz a los muertos.

Por lo tanto repliqué:

—Pudo hacerlo ella si usted lo dice, sargento, pero yo no lo creeré nunca. De haber sido, Liz me lo hubiera contado a mí.

—¿Usted cree, Sheldon?

La pregunta era sarcástica en extremo, pero la pasé por alto porque me convenía así.

—Sí —repliqué secamente.

—Pues yo no —replicó Gale aún con mayor sequedad—. Por lo tanto le hago la misma pregunta de antes: ¿qué es lo que guarda escondido, Sheldon?

—Nada, sargento —dije—. Y con ésta van dos veces que le contesto a usted lo mismo. —Hice una ligera pausa y añadí—: Todo

son sospechas y conjeturas, pero no por parte mía, sino por la suya. ¿No es así?

—Continúe, Sheldon —fue la respuesta que obtuve.

—Verá, sargento —e imité al conejo al sonreír—; usted cree que Liz mató a Mona Madigan, ¿no? La atropelló cuando venía de cualquier parte a altas horas de la madrugada, y después, creyéndola muerta, o sin creerlo, la arrastró hasta el coche, la introdujo dentro y al fin la echó al Hudson.

»Sheila Dexter, corista del “Nevada”, vio el atropello, empezó a atar cabos al ver que Mona no aparecía después del accidente, y posiblemente habló con Liz de ello. Liz la mató entonces para cerrar su boca, o para evitar otro chantaje, ¿no? Por lo tanto, muerta ya, para usted queda cerrado el caso. ¿Es o no es así, sargento?

Se puso en pie mirándome duramente:

—No, Sheldon, no es así —espetó de buenas a primeras.

—¿Por qué?

—Porque aún quedan por averiguar unas cuantas cosas. El motivo por el cual le estaban haciendo chantaje a *mistress* Sheldon puede ser una de esas cosas. La muerte de esos tres «gangsters» puede ser otra más, y el porqué querían eliminarle a usted es la tercera pregunta. Y la cuarta, quién fue el que los mandó y por qué. ¿Me explico, pesquisa?

Hizo una larga pausa sin que yo dijera nada, y en vista de eso, Gale añadió:

—Nada más por hoy, Sheldon. Pero le agradeceré que no se mueva de Nueva York sin mi consentimiento, y mucho menos sin que yo lo sepa. ¡Ah! y tenga mucho cuidado con esa «Colt», no sea que se vuelva en contra suya.

Me dejó de una pieza.

Tanto es así que, cuando reaccioné, él ya tenía la mano sobre el tirador de la puerta.

Entonces pregunté:

—¿Qué ha querido decirme con eso, sargento?

Se volvió hasta encararme.

—Mire, pesquisa —empezó—; ustedes, como casi todo el mundo, toman a la policía por tontos, ¿verdad? ¡Pues no lo somos! Por lo tanto, si no quiere tener un disgusto, no se mueva de Nueva York. Es un consejo gratuito el que le doy, Sheldon.

Avancé unos cuantos pasos y me planté frente a él.

—¿Qué sospecha, sargento? —pregunté—. ¿Qué soy yo el que asesinó a Sheila Dexter? ¿Qué aflojé los frenos del coche de Liz para que ella se estrellara? Si es así, no es usted tan listo como dice o cree, Gale. Por otra parte, voy a decirle una cosa: Saldré de Nueva York si la necesidad me obliga a ello, y sin pedirle permiso a nadie. Eso, a menos que me diga usted, lisa y llanamente, lo que tiene en contra mía.

Durante unos cuantos segundos Gale permaneció completamente callado. Tal vez recapacitaba ante el aluvión de mis palabras.

Finalmente dijo:

—Respecto a Sheila Dexter y a su esposa, Sheldon, es una posibilidad que no se me había ocurrido. Gracias por recordármelo.

—¡Lárguese al cuerno, sargento! —Fue lo que repliqué.

Gale frunció el ceño ante mis palabras. A continuación vaciló un poco y al fin lo soltó.

—De acuerdo, Sheldon —dijo—. Ya que quiere saberlo se lo diré. Lo que yo, y conmigo todo el Departamento de Homicidios sospecha, no es que usted sea precisamente un asesino, sino que lo está encubriendo. ¿Me comprende, pesquiza?

No, no le comprendía en modo alguno y así se lo dije.

—Francamente no le entiendo a usted, sargento —dije—. ¿A quién estoy encubriendo yo si puede saberse?

—Al asesino de Sheila Dexter entre otras cosas, Sheldon —replicó fríamente—. Por lo tanto, como le he dicho ya, no se mueva de Nueva York si no quiere que le eche encima a la policía federal, con órdenes de extradición. ¿Comprende?

Era casi la misma pregunta anterior, y como a ella yo ya había dado mi respuesta, no repliqué.

Por otra parte, Gale tampoco me dejó tiempo para ello ya que rápidamente dio media vuelta y desapareció por el hueco de la puerta.

Durante más de un largo minuto permanecí completamente inmóvil y luego me dejé caer sobre el sillón sin intentar seguirle.

¿Para qué?

Luego, y como hacía desde que empezó todo aquel lío, me dediqué a pensar.

Pero ahora no pensaba en el pasado. Ni siquiera en Liz, o Paula

Saint Gene como me habían dicho que verdaderamente se llamaba.

Ni en Prescoe. Ni en Cora o Della.

Pensaba en las últimas palabras del sargento Gale.

Porque aquéllas no cuadraban ni mucho menos con las que habíamos pronunciado los dos en nuestra conversación.

Tampoco cuadraban con las fotografías que yo llevaba en el bolsillo. En fin, no cuadraban con nada.

Ni con la muerte de Larry Templar ni con la de los tres «gangsters» que había tenido que matar poco antes.

Con nada. No cuadraban con nada, y cuanto más pensaba en, ello menos encajaban en parte alguna.

Repentinamente recordé a Prescoe.

El «gangster» me estaría buscando. ¿Es que hice saltar la liebre cuando le invité a una entrevista conmigo en el «Panam's»?

¿Era él quien me había enviado a aquellos tres hombres en un vano intento de eliminarme? ¿Por qué? ¿Porque le dije que ya sabía quién era el asesino de Mona Madigan?

Resultaba muy posible.

Prescoe era un tipo demasiado listo. Pudo muy bien tenderme una trampa cebándola con diez mil dólares con el solo objeto de que yo mismo descubriera mi juego ante él.

CAPÍTULO XIV

Instantáneamente la respuesta vino a mi mente.

Porque él mismo tenía mucho que ver con la muerte de Sheila. Porque también había tenido mucho que ver con Larry Templar y con Liz.

Él y Larry Templar. Yo les había visto hablar juntos en la puerta del «Panam's» no muchas horas antes.

Aquello, por sí solo, era de lo más significativo.

Recordé a Cora enfundada en su brillante dos piezas. Recordé su hermoso cuerpo de diosa y sus piernas de ensueño.

También pensé en Della.

Della Madigan, a la que había tenido en mis brazos y que ahora, por causa de Liz, me había cerrado las puertas de su apartamento.

Lo recordé todo sin olvidar un solo detalle, y una vez más mi mente barajó todo aquel lío a velocidad de vértigo.

Me puse en pie, y fue entonces cuando me di cuenta que de nuevo me encontraba solo en la quinta.

Repentinamente, el silencio en que se veía envuelta empezó a gravitar sobre mí como una maldición.

Hice un esfuerzo procurando serenarme y acto seguido miré el reloj.

Entonces, intentando no pensar mucho, me fui a dormir, pero lo hice en una de las habitaciones destinadas a los huéspedes.

Casi instantáneamente me quedé dormido, y aquella noche soñé con Della y Cora. Un sueño bastante agradable por cierto.

Cuando desperté eran más de las doce del día, en vista de lo cual abandoné rápidamente la habitación y me encaminé a la piscina.

Mientras me bañaba recordé a Liz. Liz, que ya no se bañaría más conmigo. Y aquel recuerdo me hizo abandonar el agua con mucha más rapidez que lo que verdaderamente deseaba.

Regresé de nuevo a la casa, procurando no pasar por el *living*,

pero tuve que hacerlo, ya que en aquel momento empezó a repiquetear el timbre del teléfono.

Instantáneamente pensé en Cora.

Luego entré mascullando una imprecación, y a continuación levanté el auricular.

—¡Dígame! —invité secamente—. Aquí Red Sheldon.

—¡Hola, pesquisa! —Y la voz sofocada de la mujer me produjo un escalofrío en la medula—. Se comportó bien anoche, pero no debió matar a Templar. Ese chantajista sabía muchas cosas.

Ahogué una palabra bastante gruesa y luego repliqué:

—No le maté yo. Cora. ¿Algo más?

Hubo unos instantes de silencio. Después oí de nuevo sus palabras:

—No, no mucho. Simplemente advertirte que no te descuides y que continúes investigando.

—¿Por qué? ¿Quién diablos es usted? Cora Grey, ¿no?

Oí su risa sofocada, tal vez porque ella había envuelto el auricular con un pañuelo. Inmediatamente después de que ésta cesara, vino su respuesta:

—No soy Cora, cariño. —Rió de nuevo y luego agregó—: No lo soy, y tampoco sabrás nunca mi verdadera identidad. ¡Pero cuídate, pesquisa!

Colgó, como siempre, dejándome con la palabra en la boca.

Pensé en Cora. En las cosas que sabía Cora, y más siendo la estrella del «Nevada».

En ella y en sus piernas.

Iría a verla, pero aún era pronto para ello. Por lo tanto, regresé a la habitación donde había pasado la noche y empecé a vestirme.

Dos horas y media más tarde me encontraba en pleno Brooklyn, pensando una vez más en Della Madigan.

¿Por qué no hacerle una visita? Della sabía besar y acariciar como ninguna otra. Della sabía mucho de muchas cosas.

Pero no fui.

En vez de esto aparqué el coche frente a un restaurante y me dispuse a comer.

Cuando acabé de hacerlo eran muy cerca de las cuatro de la tarde. ¿Dónde ir hasta las nueve o las diez de la noche?

De nuevo la imagen de Della cruzó por mi mente como un

relámpago.

¿Por qué no?

Della me gustaba como no me había gustado ninguna otra aparte de Liz. Della me gustaba tanto o más que Cora.

También se daba el caso de que a Della la había besado, mientras que Cora Grey sólo recibió un golpe de mí.

Abandoné el restaurante y repentinamente me vi de nuevo frente al volante, conduciendo camino de su apartamento, pero pensando en la desconocida que ya me había telefoneado, y que negaba ser Cora Grey.

No obstante, yo no lo creía en modo alguno. Por lo tanto, ¿cuál era el juego de Cora?

Porque yo no podía pensar que fuera una muerta la que me telefoneaba.

Habían ocurrido muchas cosas entre los dos para que ahora se comportara como una jovencita recién salida del internado.

Fui, como digo, pero Della no estaba en su apartamento.

De nuevo en la calle me encaminé hacia la Quinta Avenida, pero tampoco la encontré en la casa donde trabajaba como modelo.

Desorientado por completo, deambulé de un lado para otro, de barra en barra, bebiendo aquí y allá, hasta que penetré en un «*snack bar*», en plena calle Ocho, haciendo esquina con la Fifth Avenue.

Cené frugalmente un par de bocadillos con cerveza negra y acto seguido me encaminé al «Nevada».

Hacia Cora y sus piernas de ensueño. Hacia Cora, y también hacia Prescoe.

Veríamos cómo acabaría todo aquello.

Entré.

Cora estaba en la pista. Con sus dos piezas llameantes de lentejuelas. Con sus hermosas piernas envueltas en su totalidad en medias de malla. Con su todo.

Fue al verla de nuevo cuando deseé por primera vez estrecharla entre mis brazos y besarla.

Por lo tanto, por aquello y por lo que estaba viendo de ella, aparté rápidamente la vista y con lentitud, por entre las mesas, me encaminé hacia la barra con el pensamiento puesto ahora en Ed Prescoe, en Joe el *gangster*, y en los otros dos que me recibieron

con él, cuando mi primera entrevista con el cacique.

Me encaramé en uno de los altos taburetes y giré la cabeza en torno.

Ninguno de los tres estaba allí, pero Cora continuaba en la pista. Hice un esfuerzo por apartar los ojos de ella y su danza, y no sé si lo hubiera conseguido a no ser por la súbita voz, del *barman*, *que sonó a mi espalda:*

—¿Qué va a tomar...?

Agradecí en silencio la interrupción, giré de nuevo el rostro hacia la barra y repliqué:

—Un «Manhattan» con mucho hielo.

Una salva de aplausos interrumpió mi voz, premiando la actuación de Cora, pero no me volví a mirarla.

Estoicamente esperé a que el «Manhattan» me fuera servido, y una vez el *barman lo hubo hecho, me lo bebí casi de un trago. Acababa de depositar el vaso sobre la pulida superficie del mostrador cuando la oí decir a mi lado, con voz queda:*

—Intentando emborracharte, pesquisa.

No me volví a mirarla. De nuevo tomé el vaso y apuré el resto. Luego encaré al *barman* y dije:

—Póngame otro, amigo. A ella, lo que quiera.

Mientras se encaramaba a mi lado, sobre uno de los taburetes, Cora replicó:

—Gracias, querido. Tomaré lo mismo que tú. —Y añadió sin transición alguna—: ¿Has venido a abofetearme de nuevo?

Ahora sí la miré.

Cora estaba más hermosa que nunca, balanceando sus piernas delante de mis ojos, con los suyos rientes, y los rojos y gordezuelos labios entreabiertos.

—Aún no lo sé, Cora —dije—. Creo que he venido a ver a Prescoe y después a ti, aunque la cosa ha salido todo lo contrario de como esperaba. Luego, bueno, luego puede que te dé un beso.

Frunció el ceño, pero sus ojos reían.

—¿Aquí? ¿Delante de todo el mundo?

—¿Por qué no?

—Vamos, pesquisa. Si quieres hacerlo, sé de un sitio mejor. Puedes subir conmigo a mi camerino hasta que de nuevo me toque actuar.

La miré a los ojos. Su semblante estaba serio, pero sus ojos reían, lo mismo que antes.

—Hablaemos allí, ¿no?

—¿Por qué crees que deseo hablar contigo, preciosa? Ella sonrió.

—Porque tú me lo has dicho. Por lo tanto... —calló interrumpiéndose para tomar el vaso y después beber, y continuó acto seguido de haberlo hecho—: Si verdaderamente deseas hablar conmigo, Red, podemos subir ahora.

La miré a los ojos. Ya no reían. Ahora estaban serios.

—Vamos entonces —dije—. Pero antes, apura eso.

Lo hizo al momento. Después bajó del taburete y acto seguido me emparejé con ella, prefiriendo esto a no mirar donde no debía.

Por entre las mesas caminamos hacia la escalera del fondo y luego subimos por ella.

Rectamente, ahora llevándome detrás, Cora me condujo a su camerino. Cerró la puerta a nuestra espalda una vez hubimos entrado y luego me enfrentó.

—Siéntate, Red —dijo—. ¿Qué quieres preguntarme? ¿De nuevo cosas de Liz?

—¿Por qué de Liz precisamente, preciosa? —pregunté.

—¡Qué sé yo! Supongo que porque ella era tu esposa y tú no estás conforme con lo que ha sucedido. ¿Me equivoco, cariño?

—No, creo que no. Pero no es eso lo que quería preguntarte. Mejor dicho, no era de Liz de quien quería hablarte, Cora.

—¿No? Me sorprendes, pesquisa. ¿Entonces de quién? ¿De Prescoe?

—Tampoco —repliqué fríamente, para añadir acto seguido—: De ti misma.

—¡Red!

Me puse en pie, y ella, en vez de retroceder, se me acercó. Mirándome a los ojos levantó la barbilla con gesto desafiante y entonces añadió:

—¿Vas a golpearme de nuevo?

—No, Cora, ni voy a golpearte ni voy a besarte, al menos hasta que me digas cuál es tu juego con respecto a mí.

—No te entiendo, Red. Palabra.

Sonreí sin ganas de hacerlo y repliqué:

—Te lo preguntaré de otro modo para que me entiendas, Cora:

¿cuándo vas a dejar de gastarme bromas por teléfono?

Cora hizo un gesto indefinible y después replicó:

—Creo, Red, que si no te explicas no voy a entenderte en toda la noche.

La miré de pies a cabeza. Cora, vestida como estaba, tenía muchas cosas que ver, pero ahora aquello era lo que menos me interesaba de ella.

CAPÍTULO XV

También me miraba; y sin dejar de mirarme se dejó caer sobre una pequeña butaquita. Después, consciente del efecto que causaba en los hombres, Cora levantó una de sus hermosas piernas y la cabalgó sobre la otra.

El espectáculo era digno de tenerse en cuenta, pero en aquel momento la exhibición continuaba carente de interés para mí.

—Continúo sin entenderte, Red —repitió una vez más—. ¿Qué significa eso de las llamadas telefónicas?

Parado frente a ella la miré a los ojos, no tan interesantes como lo demás, aunque bellos, y mi pregunta fue la misma que ya una vez me hizo el teniente Gale, del Departamento de Homicidios:

—¿Por qué no me lo cuentas todo, Cora?

—¡Pero, Red! ¿Qué es lo que te tengo que contar, querido?

Me dejé caer en otra butaquita, frente a ella, y ahora sí que la miré. Era lo mismo que una muñeca de un bazar, pero a mí me pareció tan peligrosa como una pantera.

Después de mirarla largamente, procurando por todos los medios no perder la paciencia, repliqué:

—Escucha, Cora, tú eras amiga de Mona Madigan y de Sheila Dexter, lo mismo que de Liz. Alguien atropelló a...

—Y tú crees que yo sé quién fue, a pesar de esas fotografías, ¿no? ¡Pues no es así! Yo... —se interrumpió.

—¡Sé todo eso, Cora! —La interrumpí a mi vez—. Pero alguien mató a Sheila. Y sí, querida, estoy seguro de que tú sabes algo de esto. ¿Por qué no hablas, en vez de jugar con el teléfono, ricura?

Se puso en pie de un salto.

—Escúchame, Red —dijo secamente, como mordiendo las palabras—, si sigues por ese camino...

La atajé de nuevo, aunque ahora fue con un gesto. Después dije:

—¿Quieres hacer el favor de escucharme, Cora, monina? Si es

así, será mejor que te sientes, querida. —Hice una ligera pausa mientras ella vacilaba y a continuación añadí—: Tú me has dado unas fotografías. Cora. Para justificar el acto has inventado una historia que no tiene ni pies ni cabeza, muchacha. Carece completamente de lógica. Dime, ¿de dónde las sacaste?

Antes de replicar se retrepó contra el respaldo de la butaquita y sus maravillosos senos se marcaren netamente bajo la brillante y estrecha pieza que apenas los cubría.

Y aparté los ojos justo cuando ella empezaba a replicar:

—Nada tengo que añadir a lo dicho anteriormente, Red. Encontré esas fotografías ahí dentro.

Extendió su moreno y bien torneado trazo, señalando el pequeño y coquetón tocador.

—Eso es todo cuanto puedo decirte, tanto sí me crees como si no —añadió a continuación.

—No se trata de lo que yo pueda creer. Cora preciosa —replique—. Se trata de que estoy intentando salvarte la vida por todos los medios. Para ello, necesito saber toda la verdad. ¿Me la has dicho. Cora?

Mirándola de soslayo, ya que de frente no podía hacerlo so pena de que el ambiente se caldeara demasiado, vi cómo su hermoso rostro palidecía. Pero la réplica que me dio, a pesar de ello, fue la misma.

—Te digo la verdad, Red. Nada sé de esto. Nada sé de lo que verdaderamente pudo ocurrir ni quién fue el que puso esos positivos en el cajón de mi tocador.

De momento no repliqué. Dejé transcurrir unos segundos y después dije:

—Estás mintiendo, Cora.

Su hermoso semblante no se alteró por eso. Se limitó a esbozar una leve sonrisa y acto seguido replicó:

—No, querido; no estoy mintiendo. Pero, por otra parte, ¿qué culpa tengo yo si no me crees?

Me dieron ganas de abofetearla de nuevo, pero me contuve. Luego saqué el paquete de cigarrillos y le di uno, que encendió de inmediato.

—Bueno, monada —dije después—, contando con que me hayas dicho la verdad, ¿quieres decirme ahora quiénes pueden entrar en

tu camerino?

Me miró, y aunque su semblante estaba serio, vi que sus ojos reían. Y nunca como entonces me pareció más peligrosa una pantera joven (y lo que era peor es que aquélla tenía la apariencia de una hermosa mujer), que en aquel momento.

—¡Oh, Red! —replicó—. Sheila entraba aquí cada vez que quería, tanto si estaba yo como si no. Mona también, pero a ninguna de las dos se les puede preguntar nada, ya que ambas han muerto.

—¿Nadie más?

—Sin mi permiso, no. Decididamente, ¡no!

—¿Nadie más, Cora? —repetí.

—Bueno, de vez en cuando recibo visitas. Pero eso no hace al caso. Cualquier corista las recibe también. Son cosas... ¿cómo te diría yo? Son cosas que las da esta vida, Red.

—¿Visitas como yo?

—Sí.

—¿Prescoe?

—¿Por qué él precisamente?

—¿Y por qué no?

—De esa forma no vamos a ninguna parte, Red.

—No. Desde luego que no, ricura. Y Della Madigan, ¿ha entrado aquí alguna vez?

—¡Pero, Red! No me irás a decir que sospechas de ella, ¿verdad? Mona era su hermana, ¿no?

—¡Ya lo sé! Pero alguien puso esas fotografías aquí. No lo olvidas.

—No lo olvido. —Me miró largamente y acto seguido añadió—: ¿Por qué no dejas las cosas como están. Red? Liz ha muerto ya. Por lo tanto, ¿qué puede importarte ahora esto o aquello?

—Nada, querida —repliqué—. Absolutamente nada, pero quiero a la persona que empleó esa máquina.

—Como antes querías a Larry Templar, ¿no?

—Sí. ¿Y tú cómo lo sabes? —pregunté.

—Tú me lo dijiste. Recuérдалo. Por otra parte, he leído en los periódicos lo que te sucedió ayer.

Fumé unos segundos en silencio antes de replicar:

—¿Qué, me dices de Ed Prescoe, monina? Él pudo haberlo

hecho, ¿no?

—¿Por qué iba a perder el tiempo en fotografiar un accidente, Red?

—Porque ese accidente podía ser para él una nueva fuente de ingresos, monada. Chantaje, hablando con entera propiedad.

Cora no replicó de momento.

Se limitó a cambiar de pose descruzando y volviendo a cruzar las piernas, ahora a la inversa, con lo que el espectáculo creció en atractivo.

Después aspiró y expelió el humo hacia el techo, convertido ahora en cinco perfectos anillos.

Sopló contra ellos y luego me miró.

—Ed Prescoe no lo hizo, Red —afirmó un segundo más tarde.

—¿Cómo lo sabes? ¿Acaso te lo ha dicho él preciosa? —pregunté.

Al punto una sutil sonrisa entreabrió sus labios de coral. Una sonrisa que duró tan sólo unos segundos.

—Lo he averiguado yo, Red —replicó inmediatamente después.

—¿Cómo, ricura?

—Pensando. Atando cabos, como deberías hacer tú, amor.

—Explícate, ¿quieres?

—Sí, ¿por qué no? Nadie, siendo culpable en un caso como éste, hace lo que Ed Prescoe está haciendo. Tenlo por seguro.

—¿Y qué es lo que hace, monada? —interrumpí.

—¡Si te callas te lo diré, Red! —Me miró entornando los ojos y acto seguido añadió—: Ed ha movilizado a todos sus hombres para que estos busquen al asesino de Mona Madigan, pero tú has sido más listo que todos ellos.

—¿Yo? ¿Por qué? Tú fuiste la que me entregó esas fotografías, si mal no recuerdo. Unas fotografías lo bastante claras como para saber a qué atenerme, por lo menos, con respecto al atropello. ¿No es así, ricura?

—Sí. ¿Pero y Sheila? ¿Quién la mató y por qué?

La miré atentamente.

—Dejemos eso, Cora —repliqué—. Lo único que me interesa saber es quién colocó esas fotografías en tu tocador, y por qué. Si Prescoe no lo hizo, ¿quién fue?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

Sin replicar a aquella pregunta, me puse en pie. Cora me imitó en el acto y a continuación vino a mi lado.

—¿Ya te marchas, pesquisa? —preguntó.

—Sí —dije—. Nada tengo que hacer aquí.

Se acercó más levantando hacia el mío su hermoso rostro con los rojos labios entreabiertos.

—¿Nada, Red...? —preguntó inmediatamente después—. ¿Estás seguro de ello?

Di un paso y alargué las manos con ánimo de tomarla por la cintura y atraerla contra mi pecho para besarla, pero no pude llegar a hacerlo.

Cora se separó de mí mirándome con una extraña expresión en sus grandes y rasgados ojos, que no supe cómo definir.

—¡Red! —exclamó de inmediato—. Es... es curioso. Es muy curioso que yo no me haya acordado antes de esto, querido.

—¿Qué es lo que encuentras curioso, monina? ¿El que no te haya podido besar?

—¡No tonto! —replicó—. Se trata de Mona, Sheila y...

Pero me quedé con las ganas de saberlo, ya que en aquel momento llamaron a la puerta del camerino.

Instantáneamente. Cora miró su relojito de pulsera. Pero no era a ella a quien llamaban, sino a mí.

Lo supe tan pronto como Cora dio la autorización para entrar, ya que casi en el acto la puerta se abrió enmarcando en el vano la figura de Joe Parris.

Uno de los tres guardaespaldas personales de Ed Prescoe.

—Hola, pesquisa —dijo apenas verme—. Perdón si interrumpo alguna escena amorosa, pero alguien nos dijo que esta noche se encontraba usted en el «Nevada», y míster Prescoe se siente muy honrado con su visita. Por lo tanto, me ha legado a mí para que le acompañe a su presencia.

Miré a Cora.

Su rostro hermoso en demasía estaba ahora pálido, aunque se esforzaba por sonreír. Desvié mis ojos de ella y los clavé en los de Parris.

—De acuerdo, hermano —dije—. Pero esta vez no pienso dejarme atrás la artillería.

Igual que la primera vez que le vi, Joe también sonrió ahora.

—Míster Prescoe no ha dado ninguna orden en contra, Sheldon —replicó—. Por lo tanto...

Su respuesta me desconcertó, ya que no la esperaba.

—¿Nos vamos?

Sin salir aún de mi desconcierto, asentí con una muda inclinación de cabeza y acto seguido fui tras él.

Desde el umbral de la puerta me volví a mirar a Cora, y acto seguido le lancé un beso con la mano que me devolvió en el acto forzando una sonrisa.

Alcanzamos el pasillo, y lo primero que me extrañó fue no ver a nadie en él. Éste se mostraba a mis ojos completamente desierto, alumbrado, igual que siempre, por las lámparas de araña que colgaban del techo.

Frente a la puerta del despacho, Joe Parris se detuvo encarándome.

—Entre, Sheldon —dijo inmediatamente después de haberlo hecho—; míster Prescoe le está esperando.

Lo hice sin llamar.

Lo mismo que la vez anterior, Ed Prescoe estaba sentado detrás de la enorme mesa despacho, e igual que en todo momento, su rostro se mostraba completamente impassible.

CAPÍTULO XVI

—Pase y siéntese, Sheldon.

Esto fue lo que dijo apenas si me vio cruzar el umbral de la puerta.

Lo hice frente a él, y durante un largo espacio de tiempo ambos nos miramos en el más completo silencio, hasta que lo rompí con una pregunta:

¿Y bien. Prescoe?

A pesar de mi pregunta, él tardó varios segundos en contestar.

—Le felicito, Sheldon —dijo después—. Hizo un buen trabajo.

—¿A qué se refiere?

Prescoe sacó cigarrillos antes de replicar, y encendió uno mientras yo le miraba.

Luego replicó:

—A la muerte de Larry Templar. A eso me refiero, Sheldon.

Y contesté lo mismo que una vez, y de esto no hacía mucho, repliqué a Cora:

—Yo no le maté. Lo hicieron por mí los tres hombres que usted mandó, Prescoe.

Una ancha sonrisa iluminó su semblante rompiendo por unos segundos su impasibilidad.

Acto seguido replicó:

—Sé que no me creerá si le digo que esos tres no trabajaban para mí, Sheldon.

—¿Y no es así?

—No, Sheldon, se equivoca —me replicó—. Pero dejemos esto y vamos a lo que interesa. Usted me dijo que fuera al «Panam's» y que allí me diría el nombre del asesino de Mona. Sospecho que no se presentó porque vio a Templar y echó tras él, ¿no?

Calló mirándome, y entonces, de una manera repentina, abrió el cajón central de la mesa despacho e introdujo la mano en él.

La mía voló materialmente hacia la funda axilar, pero no hacía falta.

Lo que Prescoe acababa de sacar del cajón, llevándolo ahora en su mano derecha, era un abultado sobre de color azul, sobre que arrojó frente a mí.

—Dentro de ese sobre hay diez mil dólares pesquisa —dijo—. Dígame quién mató a mi chica y lárguese con ellos, Sheldon.

Tardé en dar la respuesta.

Una respuesta que me hacía daño pero que era la única que podía darle, ya que se trataba de la verdad.

—Si le digo quién fue, y después quiero quedarme con esos dólares —susurré—, usted dirá que le quiero hacer víctima de una estafa. Por lo tanto, guárdelos.

En el acto, su rostro siempre impasible se contrajo en una mueca.

—Creí que nos entenderíamos, pesquisa —replicó—. Lamento que no sea así. Lamento que no quiera hablar. —Hizo una corta pausa sin dejar de mirarme y acto seguido añadió—: Bueno, pesquisa, diga usted mismo la cantidad.

Denegué con la cabeza.

—¿Por qué? —preguntó de inmediato.

—No es cuestión de mil dólares más o menos. Prescoe —repliqué—. Es... es que no puedo decirlo. Lo siento. —Vacilé ahora y al fin añadí—: Escuche, Prescoe, ya que se empeña se lo diré. Pero sólo a cambio de una cosa: quiero saber lo que ocurrió en el «Nevada» la noche en que murió Mona Madigan.

—No le comprendo, pesquisa.

Demasiada gente ya, no me comprendía. Esto lo pensé, pero no se lo dije a él. Simplemente, me limité a replicar:

—Me explicaré. Necesito saber, ante todo, quiénes eran las personas que visitaron a Cora, a Sheila, y la propia Mona. Estoy buscando al asesino de Sheila y a cierto tipo aficionado a hacer fotografías escandalosas. Pero antes debo decirle que ya tengo también la casi certeza de saber por qué murió Sheila y quién la mató.

Prescoe no vaciló un solo segundo en darme la respuesta.

—De acuerdo, pesquisa —dijo—. Puedo investigar eso si lo desea. ¿Quién mató a Mona?

Aspiré fuerte y luego lo solté sabiendo de antemano el efecto que iba a causarle.

—*Mistress* Liz Sheldon, Prescoe —dije—. Mi esposa fue la que atropelló a Mona Madigan.

Se puso en pie de un salto lanzando una maldición que hubiera hecho enrojecer a la propia Della, si ésta la hubiera oído.

—¿Cómo ha llegado a esa conclusión, Sheldon? —preguntó inmediatamente después—. ¿O es que se está burlando de mí?

Sin hacer caso ni de sus preguntas ni de su actitud, repliqué:

—Creí que usted lo sabía ya, Prescoe.

—¿Qué cuernos quiere decir, pesquisa?

Sin replicar tomé el sobre del bolsillo de la americana y se lo entregué.

—Examine eso, Prescoe —repliqué ya preparado para repeler cualquier agresión por parte suya—. ¡Examínelo! Como verá, alguno de sus hombres también pudo hacerlo.

No me replicó, sino que silenciosamente abrió el sobre y examinó las fotografías.

Después se dejó caer sobre el sillón y me miró.

—Escuche, Sheldon —empezó—. Voy a decir algo que quiero que se meta en la cabeza cuanto antes, y de una vez para siempre. Ni yo, ni ninguno de mis hombres ha hecho esto, Sheldon.

—¿Espera que lo crea, Pres...?

—¡Déjeme terminar! —Quedó pensativo unos cuantos segundos y acto seguido reanudó la conversación—. Sé, y como yo y usted, todo el mundo, lo que se dice de mí. No voy a afirmar ni a negar nada de ello. Lo que sí le diré es que desde hace mucho tiempo mis actividades sólo se limitan a este local y a unos cuantos negocios de más o menos envergadura, pero todos lícitos, pesquisa. ¿Y sabe por qué? Porque tropecé con Mona Madigan.

»¿No me cree? Bueno, eso es algo que tampoco me importa mucho, pero Mona era Mona y nada más. Por ella hubiera hecho cualquier cosa, y por lo tanto no vacilé en hacer lo que me pidió. Su condición fue pedirme que abandonara mis actividades... digamos profesionales, ¿no? Usted es un buen pesquisa, Sheldon. Puede investigar sobre mí todo cuanto quiera, que yo no le pondré impedimento alguno, sino todo lo contrario. Todo esto si no se fía de mis pobres palabras. Por lo tanto, mis hombres y yo le

facilitaremos el camino. Por otra parte, tanto el Fisco como la policía federal, sin olvidarnos de la Metropolitana, saben que le estoy diciendo la verdad.

»Pero ahora... Ahora hubiera matado con mis propias manos. ¡Liz Sheldon! ¡Nunca lo hubiera supuesto! —Calló para fumar un poco del casi consumido cigarrillo y después añadió—: Desde el mismo instante en que faltó Mona, movilicé a todos mis hombres... para conseguir este resultado y por mediación de usted.

Nuevamente dejó de hablar, pero ahora no se llevó el cigarrillo a los labios, sino que guardó en el sobre las fotografías de Liz y el «Mercedes» y a continuación me las devolvió.

Dejé pasar unos cuantos minutos en silencio, mientras terminábamos los cigarrillos, y después de aplastar la punta del mío contra el cenicero de cristal, pregunté, en vista del silencio de Ed Prescoe, que parecía sumido en un sinfín de pensamientos:

—Entonces, ¿esas fotografías...?

Sonrió con un bien definido gesto de suficiencia.

—Esas fotografías, pesquisa, están hechas por un aficionado.

—¿Cómo lo sabe usted?

Y en el acto me di cuenta de lo ridículo de mi pregunta, pero Prescoe no pareció darse cuenta de ello, ya que añadió a continuación:

—Si no me cree, puede ir a cualquiera de los muchos periódicos de Nueva York y someterlas al estudio de un experto. No, Sheldon, esas fotografías no han sido hechas por un profesional.

Callé mientras pensaba rápidamente. Después pregunté, sin saber por qué:

—Diga, Prescoe, ¿conoció alguna vez a una mujer llamada Paula Saint Gene?

—No. ¿Quién es?

Escruté atentamente su semblante, pero éste no me dijo nada. Entonces repliqué:

—Olvídelo, Prescoe. Es una pregunta debida a un nuevo caso que acaban de encargarme. Al parecer, falta de su casa desde hace cierto tiempo.

Me puse en pie y él me imitó de inmediato. Frente a frente, nos miramos en silencio, hasta que finalmente lo rompí:

—Espero que me haya dicho la verdad, Prescoe. Y crea que lo

siento. Usted era un buen culpable para mí. Ahora, no tengo más remedio que empezar de nuevo.

No sonrió. Ni siquiera hizo un gesto, pero se adelantó hacia la puerta acompañándome hasta ella.

—Más lo siento yo, pesquisita —replicó entonces—. Por usted. Por lo que significa para usted.

No dije nada. ¿Para qué?

No volví tampoco la cabeza ni saludé a Joe Parris cuando me encaminé directamente a la escalera.

Descendí por ella y avancé decidido hacia la barra, mirando de soslayo las piernas que Cora mostraba desde la encerada pista donde estaba acabando con una de sus danzas.

Subí a uno de los taburetes pensando que ahora debía empezar de nuevo.

Puede que, como decían los demás, yo estuviera loco de atar, pero las palabras de Prescoe me infundían un desusado respeto. Las creía. Puede que esto también fuera debido a que en mí perduraba el recuerdo de Liz. Si Prescoe pensaba de igual modo con respecto a Mona Madigan, él era completamente sincero.

—Un *whisky* doble y sin soda —dije apenas si me hube encaramado sobre el alto e incómodo taburete.

Me lo sirvieron casi en el acto. Por lo tanto, lo tomé y bebí un largo trago, que me estaba haciendo falta como ninguna otra cosa. Hecho esto, sin abandonar el vaso, giré sobre el taburete y miré a la pista.

Más que a ésta en sí, a las piernas de Cora. A todo lo que tenía Cora, que no era poco. Después esperé a que terminara su danza.

Al fin, cuando estallaron los aplausos, la llamé con un gesto. Vi su sonrisa, las reverencias que hacía al público que la aplaudía, y cómo seguidamente venía hacia mí.

Llegó a mi lado con los maravillosos senos alentando trabajosamente, y el hermoso rostro un tanto arrebolado por efectos de la danza que acababa de ejecutar.

—Hola, pesquisita —dijo al llegar a mi lado—. ¿Me invitas?

Sonreí. Sin saber por qué, sonreí.

—Siéntate a mi lado, Cora, y toma lo que quieras.

No se hizo repetir la invitación. Cora se encaramó sobre el taburete, a mi lado, y luego pidió encarando al *barman*:

—Pon un «Manhattan» con hielo, Richard. Tengo la garganta seca.

Mientras se lo servían me miró, y entonces dije:

—Quiero hablar contigo, ricura.

Hizo un delicioso mohín con los labios que instantáneamente me recordó a Liz.

—¿Otra vez, Red? —preguntó de inmediato.

—Una vez más, y no habrá otra, Cora. Te lo prometo.

—¿Ni para hacerme el amor?

—Yo no he dicho eso, querida. Para eso siempre hay tiempo.

Se volvió hacia la barra, tomó el vaso y bebió un poco. Luego, mirándome por el borde del cristal, preguntó:

—Veamos, ¿qué es lo que quieres decirme ahora, Red?

—¿Decirte...? Nada. Eres tú la que tenías que explicarme algo si mal no recuerdo. Cora. Estabas a punto de decírmelo cuando Joe Parris nos interrumpió, ¿recuerdas?

—Sí, claro. Pero eso...

—¿Qué era, Cora? —interrumpí.

Cora me miró atentamente. Después replicó con extraordinaria lentitud:

—Creo que nunca llegaré a entenderte, Red. —Hizo una pausa mientras clavaba sus inmensos ojos en los míos y al fin replicó—: Verás, querido, se trata de Sheila y Mona. El día en que la mataron estaban aquí las tres, incluyendo a tu esposa. También estaba Templar...

Así, de este modo, relató algo sin importancia, pero que para mí fue como un relámpago cegador.

Tanto es así, que durante unos cuantos segundos no supe cómo reaccionar. Ahora, al cabo del tiempo, aún creo que Cora me continuaba hablando sin que yo me diera cuenta de lo que decía.

Hasta que de una forma repentina apuré el *whisky* de un trago y salté del taburete.

Sin decir nada, sin pagar, avancé hacia la puerta. Cora vino detrás y me alcanzó mucho antes de llegar a ella tomándome de un brazo, ante las miradas entre curiosas y asombradas de los clientes.

—Pero, Red —dijo—. ¿Dónde vas tan pronto?

La miré como si no la hubiera visto nunca. Acto seguido repliqué:

—A dar un paseo, Cora, cariño.

Sin esperar respuesta me desprendí de su mano y atravesé el umbral. Caminé rápidamente hacia la próxima parada de taxis, ya que no deseaba que nadie me viera en mi coche.

Subí a él y di una dirección. Apenas arrancamos, cuando vi dos coches de la policía aparcar con un espeluznante chirrido de frenos frente a la puerta del «Nevada».

Recostado contra el asiento posterior pensé en Prescoe. Pero no era a él a quien buscaban, sino a mí.

Pero esto no lo supe hasta después. Como tampoco supe en aquel momento que el sargento Gale, además de buscarme, también traía con él una enorme sorpresa para mí.

CAPÍTULO XVII

Una cuadra antes de llegar a dónde me proponía, dije al taxista que podía detener el coche.

El hombre lo hizo así. Pagué dándole una fuerte propina y acto seguido, con la cabeza hecha un caos, empecé a caminar por la acera.

El letrero de un bar llamó mi atención.

Entré en él y me acerqué a la barra.

—*Whisky* —pedí de inmediato.

Me lo sirvieron y bebí lentamente.

Pensaba en Liz o Paula. Pensaba en Mona en Sheila y en Cora. Pensaba en Prescoe y en la extraña historia que me contó. Pensaba en lo ocurrido hasta aquel momento. Ahora sabía la verdad de todo y me preguntaba por qué.

¿Por qué habían ocurrido las cosas de aquella manera? ¿Qué necesidad había de ello?

Éste era el único punto flaco que encontraba ahora en mi descabellada hipótesis, aunque de un modo inconsciente creía también estar seguro de ello.

Continué bebiendo. Después pagué y salí a la calle.

De nuevo empecé a caminar. Pensando.

Otro bar.

Entré.

—*Whisky* —pedí al llegar a la barra.

Lo apuré de un trago con el nombre de Mona Madigan bailándome en la mente.

Pagué y regresé a la calle. Caminé lentamente. Ya no había más bares en el trayecto. Por lo tanto, continué andando, hasta que me detuve frente a la enrejada puerta.

Pensaba en Della. En las cosas que tenía Della y que a mí tanto me gustaban.

Empujé la puerta que daba acceso a la escalera y la encontré abierta. Entré. Tanteando la pared, en la más completa oscuridad, caminé hacia la escalera.

Mis pies tropezaron con los primeros peldaños y empecé a subir.

No sé cuánto tardé en hacerlo, pero al fin me vi frente al pasillo también a oscuras. Caminé rozando la pared.

Contando las puertas hasta llegar a la cuarta. Entonces, tanteando junto al marco, pulsé el automático.

Con un seco chasquido, allá en el fondo de la escalera, que llegó nítidamente a mis oídos debido al silencio reinante, la luz se encendió. Ahora, sin una sola vacilación, pulsé el zumbador de la puerta, y no tuve que esperar mucho.

Apenas nada.

Della estaba detrás de la misma. Esperándome.

Della, que la abrió de inmediato y con entera suavidad. Della, que sostenía en la mano derecha, a la altura de sus pujantes senos, una poderosa y pesada automática «German Lugger» con un silenciador adaptado al cañón. Y ese cañón me estaba apuntando al pecho.

—Pasa, Red —dijo suavemente—. Te estaba esperando.

Suspiré y crucé el umbral, mientras ella retrocedía unos pasos sin dejar de apuntarme, para luego, cuando yo avancé un poco, retrocederlos, pasar por mi lado, y cerrar la puerta con llave.

—Hablares en el *living*, Red, querido —dije—. Pero tú delante.

Lo hice.

Ya en el *living*, me dejé caer sobre uno de los sillones y la miré.

—¿Cómo sabías que iba a venir esta noche, Della? —pregunté.

Sonrió, pero el brillo que había en sus ojos no me gustó en modo alguno.

—No lo sabía, Red —replicó—. Pero te esperaba. Te he estado esperando desde hace horas. Desde hace días. Desde hace una eternidad. Sabía que acabarías por descubrirlo todo. Fue Cora, ¿verdad?

—No fue nadie, ricura —repliqué—. Cora sólo me dijo que tú también tenías coche, y yo sólo vine a hablar de ellos. O si lo prefieres de marcas de coches, Della.

—Sólo hay una que me gusta. La misma que le gustaba a Liz. El

«Mercedes» descapotable, querido.

—Sí, lo he supuesto. Por lo tanto, tú atropellaste a tu hermana, ¿no?

—Sí, Red, yo fui —replicó.

—¿Por qué no me lo explicas todo, ricura?

Sonrió de nuevo.

—¿Por qué no, querido, si vas a morir?

Y no pude evitar que un escalofrío me recorriera de pies a cabeza, mientras ella hacía una pausa. Después, casi a continuación, añadió:

—Lo de Mona fue un accidente, Red. Un desgraciado accidente.

—Lo sé, Della —repliqué—. Estoy seguro de ello. ¿Qué más?

—Puedes estarlo porque es verdad. —Vaciló unos segundos y acto seguido añadió—: Aquella noche, Mona, Sheila y yo estábamos juntas cuando se presentó Liz acompañada de Larry.

La interrumpí para preguntar:

—¿Cómo conociste a Liz, Della?

—Me la presentó Larry en cierta ocasión. Pero déjame que te lo cuente a mi modo, Red. Aquella noche llegaron ellos y empezaron a hablar con nosotras. De pronto, al dirigirse a ella, Larry la llamó Paula. Liz se puso furiosa y por ahí empezó todo. Le dijo, entre otras cosas, que ella se llamaba Liz y no Paula y que no conseguiría sacarle nada; ni un solo dólar.

»Le llamó chantajista y otras muchas cosas más. Entonces mediamos nosotras, pero Liz estaba tan furiosa que había perdido los nervios y su compostura. Nos insultó, Red. Sobre todo a mí. Llegó a decirme que en vez de meterme en sus cosas lo hiciera en las de Mona, que era mi hermana. En fin, para abreviar te diré que sonó el nombre de ella unido al de Prescoe.

»Pregunté a Mona y ésta, furiosa también, abandonó el local. A partir de aquel momento la discusión decreció. Fue entonces cuando yo también abandoné el “Nevada” encaminándome a la calle, y dejando a Liz y a Larry discutiendo aún.

—¿Estaba Cora presente? —pregunté.

Della hizo una mueca antes de replicar.

—No; si hubiera sido así te lo habría dicho, pesquisa. —Hizo una corta pausa y a continuación añadió—: Mona no estaba junto a mí «Mercedes». No se la veía en toda la calle, por lo que esto me

puso más furiosa aún. Subí al coche y arranqué como una bala. Luego... Bueno, Red, el accidente ocurrió pocos minutos más tarde. Cuando doblé por la primera bocacalle, Mona estaba allí, cruzando la calzada, y no tuve tiempo para nada. Cuando logré dominar el coche descendí de él y me acerqué horrorizada. Al verla caída en el suelo comprendí que mi carrera como modelo, y con ella todo lo que representaba la vida para mí, había muerto en menos de unos cuantos segundos.

»No sé cuánto tiempo estuve contemplando el cuerpo de Mona, pero creo que fue bien poco. Repentinamente me vi en la cárcel acusada de cualquiera sabe qué. Entonces corrí hacia el “Mercedes” y de nuevo tomé el volante. Pero no arranqué, Red. Retrocedí, ya que acababa de pensar que Mona era mi hermana y no debía dejarla allí. —Hizo una nueva pausa y acto seguido continuó—: Para que comprendas lo qué sigue, debo decirte que yo siempre he sido una gran aficionada a la fotografía. Por lo tanto, nada tiene de extraño que aquella noche llevara la cámara colgada del hombro. Cámara que continuaba allí cuando nuevamente corrí hacia donde había quedado Mona. Y fue entonces cuando vi a Liz.

»Al parecer, ella salió del “Nevada” instantes después que yo, y completamente sola. La vi junto a Mona, al lado de su “Mercedes” y con la cara llena de espanto. Una idea cruzó por mi mente, y fue entonces cuando impresioné tres placas que después revelé yo misma.

Luego retrocedí con el pleno convencimiento de que Liz no dejaría a Mona en aquel lugar. Pero no fue así. Después, al día siguiente... Bueno, eso ya lo sabes tú tan bien como yo.

—Todo no, Della —dije cuando me di cuenta de que ella había terminado de hablar—. Aún queda algo, muchacha.

Me miró, y acto seguido, lentamente, se sentó frente a mí. Entonces preguntó:

—¿Te refieres a la muerte de Sheila, Red?

—Sí; sé que también la mataste tú. ¿Por qué?

Por tercera vez aquella noche, Della sonrió. Pero ahora, más que una sonrisa, aquello semejó una amarga mueca.

—Ella tuvo la culpa, Red —replicó.

—¿Por qué?

—El porqué tenía que matarla no lo supe hasta que ella habló

conmigo al día siguiente por la noche, después del atropello. Dijo que me había visto tomar las fotografías de Liz y del «Mercedes», y que te iba a vender a ti la información por diez mil dólares, y me preguntó que cuánto estaba dispuesta a pagar por ella. Ofrecí más, pero sin deseos de pagar, como comprenderás. Sólo deseaba en aquel entonces un poco de tiempo para coordinar mis ideas. Pero sabía que tenía muy poco. Tal vez ninguno. Fue entonces cuando pensé en matarla. Fui a su casa y, cuando estaba vuelta de espaldas a mí, la golpeé. Cayó a mis pies. Y me costó mucho trabajo llevarla a la cama, y una vez allí, con el cordón de la cortina de la ventana, la estrangulé.

—¿Pero todo esto por qué, Della? Y siendo así, ¿para qué fuiste a verme?

—Porque no quería que nadie se fijara en mí, pesquisa. Una mujer que pierde a su hermana, que contrata después a un detective, no puede ser una asesina. Por otra parte, estaba Liz. Con aquellas fotografías no podía negar la evidencia de que ella era la que la atropelló. Por lo tanto, inculpándola...

Calló sin dejar de contemplarme. Miré la «Lugger», que continuaba apuntándome al pecho. Tenía que ganar tiempo como fuera.

Entonces pregunté:

—Fuiste tú quien puso las fotografías en el tocador de Cora, ¿verdad?

—Sí.

—¿Por qué?

—Liz había muerto. Por eso lo hice. Sabía que, más tarde o más temprano, Cora las descubriría y te las entregaría a ti. Con aquello, el caso ya estaba definitivamente terminado, y más habiendo muerto Larry Templar, el único hombre que podía hablar de Liz. Pero tú continuaste investigando. Ahora comprendo que era el único camino que te quedaba. Creías que Liz era una asesina, pero a pesar de ello deseabas encontrar, para ti, el hombre que tomó aquellas fotografías junto al «Mercedes». ¿No es así?

No repliqué de momento. Por lo tanto, el silencio reinó ahora entre los dos. Pero fue por breves segundos, ya que me encargué de romperlo con una nueva pregunta:

—¿Quién arrojó a Mona al Hudson, Della?

—¡Yo no lo hice! —replicó en el acto—. Y creo... Sí, creo que todo empezó cuando, al día siguiente, vi que ni en las clínicas y hospitales me daban razón de mi hermana. Liz, por miedo, había hecho desaparecer su cadáver. Y creo, también, que si no hubiera muerto, la hubiera matado yo, querido.

Pensé en Liz o Paula. Pregunté a Della:

—¿Qué relaciones traían a Liz con Larry Templar, aparte del chantaje, ricura?

Soltó una violenta carcajada que me estremeció y acto seguido me miró con lástima.

—Era su esposa, Red.

Me quedé de una pieza. Pero cuando me recobré, continué preguntando:

—¿Cómo lo sabes, Della?

Volvió a sonreír.

—Templar la acusó de ello aquella noche, Red. Pero Paula o Liz, como quieras llamarla, lo negó. ¿Algo más, querido?

El tono suave que Della empleó para hacerme la pregunta me hizo suponer que había llegado el momento crucial para mí.

Entonces me puse en pie mirando en torno.

En el acto, Della dio unos cuantos pasos atrás mientras sus nudillos blanqueaban sobre la culata del arma.

—¡Quieto, Red! ¡No te muevas! —exclamó para añadir a continuación—: ¿Tienes miedo, querido? Pues no debes tenerlo, porque no voy a hacerte sufrir, ¿entiendes? —Dejó una corta pausa y agregó—: Lo voy a sentir mucho, pero ya no hay más remedio.

Lo que siguió después de sus palabras fue para mí como un sueño, ya que repentinamente la puerta del *living se abrió con violencia*.

Della volvió la cabeza. Fue solo un segundo. Acto seguido me encaró y apretó el gatillo justo en el momento en que yo saltaba sobre ella.

Vi el fogonazo y al punto mi cabeza pareció estallar en mil pedazos. A continuación, el suelo pareció acudir a mi encuentro, y lo último que quise recordar antes de perder completamente el conocimiento, fue oír un lacerante grito de mujer.

CAPÍTULO XVIII

No sé si fue el dolor de cabeza que experimentaba, o fueron los jugosos labios de mujer que me estaban besando en aquel momento con verdadera desesperación.

Fuera lo que fuese, la cuestión es que abrí los ojos y en aquel entonces la vi. Durante unos segundos contemplé aquel hermoso rostro muy cerca del mío, hasta que me convencí de que no era producto de mi imaginación. Hasta que me convencí de que era un ser real, de carne y hueso, y no uno venido de ultratumba.

Entonces, obedeciendo a un impulso repentino e incontenible, la aparté de mi lado de un manotazo. Exactamente igual que si se hubiera tratado de un díptero molesto.

Liz, o Paula Saint Gene, se apartó de mi lado con gesto dolido. No la miré cuando lo hizo, sino que abarqué con los ojos toda la habitación donde me encontraba.

Desde luego, aún continuaba en el apartamento de Della, pero en una estancia que no conocía, y no me encontraba solo. El sargento Gale, del Departamento de Homicidios, estaba también allí.

Le miré y luego clavé mis ojos en Liz. Liz, que estaba viva. Liz, que continuaba en libertad después de haber lanzado el cuerpo de Mona Madigan a las aguas del Hudson.

No lo comprendía. Y sin comprenderlo clavé de nuevo mis ojos en Gale, que ahora se puso en pie acercándose a la cama donde yo me encontraba tendido.

Hice intención de sentarme en ella y tuve que llevarme las manos a la cabeza. Fue entonces cuando me di cuenta de que la tenía completamente vendada.

—¿Y Della? —pregunté.

—Uno de mis hombres le pegó un tiro en un hombro cuando intentaba disparar de nuevo contra usted, pesquisa. Después se la

llevaron en la ambulancia. Aparte de esto, sigue bien.

—¿Irás a la silla?

—Eso no se lo puedo decir, pesquisa —replicó. Pero creo que no. Al parecer, el atropello de su hermana la impresionó tanto que su cerebro no rige como tendría que regir normalmente, ¿comprende?

No repliqué a aquello. Miré a mi mujer y pregunté por lo único que cabía en aquel entonces. Lo demás, si es que cabía alguna explicación posible, era cuenta de nosotros dos y de nadie más.

—¿Dónde la encontraron, sargento?

Por primera vez desde que le conocía, Gale se permitió una leve sonrisa ante mi pregunta. Después me dio la respuesta:

—En el aeropuerto de La Guardia cuando descendía del avión procedente de Chicago, Sheldon.

—Explíquese, ¿quiere?

—Ya le dije que los de la policía no somos tontos, Sheldon —replicó—, pero ahora no viene al caso. Por lo tanto, voy a explicarme. —Calló unos segundos, al cabo de los cuales continuó —: Todo empezó aquella noche en la carretera 53 Oeste, con un coche que acababa de estrellarse y que en aquel momento estaba completamente envuelto en llamas. Un coche que no llevaba a nadie dentro, a pesar de la desesperación del hombre que, impotente para hacer algo efectivo, lo contemplaba. En este caso, usted, Sheldon.

—¿Por qué me dijo lo contrario, sargento?

—Porque aquello me chocó. No es la primera vez que desaparece una persona después de un accidente y a continuación se comete un crimen sin que nadie pueda saber luego quién es el culpable. Éste podía ser un caso de aquéllos, ¿comprende? También podía ser el de una esposa que deseaba abandonar a su marido sin dejar rastro. Por eso no se lo dije. Por otra parte, tampoco se perdía nada con tenerle a usted engañado por unos días. Para ello contaba con que no se acercara al coche cuando le invité a hacerlo, y usted no lo hizo. Conseguido esto, sólo tenía que investigar el paradero de una mujer llamada Liz Sheldon, al mismo tiempo que le vigilaba a usted por si se trataba de un truco de los dos.

»Horas más tarde sabíamos que una mujer de sus señas había tomado el avión de la línea Nueva York-Chicago. Telegrafiamos a la policía de allí pidiendo que se la vigilara. Por eso supimos después,

tan a tiempo, cuál era el avión en que llegaba. Ahora, sólo me resta decirle que los motivos que impulsaron a su esposa a hacer esto son única y exclusivamente de ustedes dos, Sheldon. Por lo tanto, aunque ella me los ha explicado a entera satisfacción, prefiero que sea *mistress* Sheldon la que se lo cuente a usted. ¿Algo más, pesquisa?

No vacilé en dar la respuesta, y lo hice con una nueva pregunta:

—¿Qué sabía Ed Prescoe de todo esto, sargento?

—Simplemente lo que usted le dijo, Sheldon. Y ahora que hablamos de él, debo decirle que de no ser por Cora Grey y Prescoe, jamás habiéramos llegado a tiempo de salvarle a usted.

Callamos los dos. ¿Había algo más que preguntar? Posiblemente sí, pero Gale había dicho que el final de la historia le pertenecía a Liz. ¿Por qué no hacerle caso?

Antes de que lograra ponerme de acuerdo conmigo mismo, Gale interrumpió el hilo de mis pensamientos con una pregunta:

—¿Puede andar, Sheldon?

Hice un esfuerzo y me senté en la cama. Luego otro y me puse en pie. Me dio un vahído. Liz no se movió del sillón que ocupaba, pero Gale me sujetó antes de que diera con mis huesos en el suelo.

Esperó a que me recuperara y ambos empezamos a andar hacia la puerta que daba acceso a la escalera. De inmediato, pero sin acercárseme ni pronunciar palabra, Liz vino detrás.

Ya en la calle, Gale nos miró a los dos.

—En la playa de estacionamientos del «Nevada» aún sigue su coche —dijo—. ¿Les llevo?

Subimos e hicimos el viaje en silencio. Después se despidió de nosotros y ambos quedamos en el centro de la acera, mirándole partir, hasta que se perdió completamente de vista ya con las primeras luces del amanecer.

Lentamente entonces me acerqué al «Zodiac». Liz se acercó también. Abrí la portezuela y entonces ella preguntó:

—¿No vas a llevarme a casa, Red?

Me acomodé frente al volante y después la miré.

—Sube si quieres, Paula —dije.

No replicó, pero se acomodó a mi lado. Hecho esto preguntó de nuevo:

—¿Te encuentras bien para conducir, Red? Tienes una profunda

herida en la cabeza.

—No te preocupes, Paula —repliqué con sequedad—. Me encuentro perfectamente.

No insistió y puse el automóvil en marcha.

Ninguno de los dos volvimos a hablar hasta que estuvimos en el *living adonde ella, siempre silenciosa, me siguió*.

Fue entonces cuando me volví a mirarla de frente, y tuve que entrecerrar los ojos ante aquella belleza que a cada minuto del día presentaba una faceta distinta.

—Siéntate si quieres, Paula —dije—. Supongo que querrás hablar conmigo, ¿no?

En sus ojos había un brillo de lágrimas cuando obedeció sin replicar.

Quedé parado frente a ella, procurando no mirar sus piernas que había cabalgado la una sobre la otra, y apremié con voz ronca:

—Vamos, Paula, habla. ¿Por qué has hecho eso conmigo?

Sonrió levemente, con una sonrisa enormemente triste.

—¿Por dónde quieres que empiece, Red? —preguntó—. ¿Por Larry Templar?

—¿No eres su viuda, muchacha? Pues hálame de él. Me interesa en extremo.

—De acuerdo, Red. Voy a contarte una pequeña historia que es la base fundamental de todo. Hace años, exactamente los que tengo ahora, que en cierta casa de Chicago nacieron dos hermanas gemelas, querido, Paula y Elizabeth Carrigan. Como cosa natural en estos casos, crecieron juntas, hasta que a los dieciséis años, Paula se marchó con un hombre. A partir de...

—Eras tú, ¿no?

—¿Quieres no interrumpirme, tonto? Si lo haces, creo que no voy a terminar en todo el día. —Vaciló unos segundos y luego añadió—: A partir de entonces, nunca más se supo de ella. Liz quedó con su madre, viuda desde hacía algunos años, hasta que ésta también murió. Entonces Liz pensó en Nueva York y vino a esta ciudad con muchas ilusiones en la vida, que fracasaron todas, hasta que un hombre la encontró cuando era menos que nadie, para convertirla en su secretaria y después en su esposa. Así pasó otro año, hasta que un día, cuando Liz estaba sentada en uno de los restaurantes de la Quinta Avenida, comiendo completamente sola,

un hombre se sentó a su lado. «Hola, Paula», dijo. Liz replicó que se había confundido, y así empezó todo. Él insistió, y cuando ella le presentó su certificado matrimonial, él se echó a reír contestando que había cometido dos delitos. Uno, el de ocultar su nombre verdadero, y el otro, el de bigamia. Ella se rió también segura de sí misma, y entonces Larry Templar le presentó un certificado matrimonial en el cual constaba que estaba casado con una mujer llamada Paula Carrigan. Liz supo entonces de su hermana, pero el tipo aquel no la creyó. Se limitó a averiguar cosas de ella, hasta que un día le pidió un montón de dólares por su silencio, alegando que a su marido le gustaría saber que ella estaba casada con otro, y desde hacía tiempo. Por eso, para averiguar la verdad, Liz se trasladó a Chicago, después de que se le dio por muerta en un accidente automovilístico provocado por ella misma.

Calló mirándome y ahora sus lágrimas se deslizaron mansas por sus mejillas.

—¿Algo más, querido? —preguntó unos segundos más tarde.

Vacilé. Sin saber si creerla o no. Pero Gale lo había hecho ya. ¿Por qué no podía hacerlo yo también?

—Sí, muchas cosas más, monina —repliqué, llamándola inconscientemente como la había llamado siempre—. ¿Por qué todo esto?

Entonces ella habló de lo ocurrido. De cómo vio lo que creyó cadáver de Mona Madigan, y terminó diciendo:

—Creo que de no ser por Templar, que se presentó poco después, andando, ya que iba en busca de un taxi, escasos a aquellas horas, aún continuaría allí. Tampoco me creyó cuando dije que no la había atropellado yo. Se limitó a reír y a decirme que no me preocupara, que lo arreglaría él. Le creí y le dejé solo, regresando a casa. Y aquella noche tuve miedo, ya que sabía que tú me habías notado algo. Después, al día siguiente, ¿recuerdas que me llevaste a comer? Pues cuando nos separamos, fui a verle, a preguntarle si Mona Madigan vivía, y me contestó con todo cinismo que la había tirado al Hudson sin preocuparse de nada más. Me horroricé y dije que iba a ir inmediatamente a la policía. Fue entonces cuando me golpeó amenazándome de muerte si hacía o decía algo. Me pidió también quince mil dólares por su silencio, y me horroricé tanto que cuando pude dejarle, tomé el coche

dispuesta a contártelo todo. Luego, vi la curva, y una nueva idea me golpeó el cerebro. Me dije en una milésima de segundo que aquello tenía que solucionarlo yo sola. Tú podías creerme o no. Si resultaba lo primero, era yo misma la que te enviaba a una muerte cierta, y decidí correr el riesgo yo sola. Por eso tomé la curva sin disminuir la velocidad, que hizo derrapar al coche hasta sacarlo de la carretera, metiéndolo en la cuneta para después saltar por el precipicio. Pero yo ya no estaba dentro. Vi pasar a mi lado unos espesos matorrales y salté. Después, escondida, magullada completamente, esperé, mirándote, hasta que la carretera se llenó de coches y de gente. Entonces me fui y tomé el avión para Chicago. Lo demás ya lo sabes, Red. Soy tu mujer, y mi nombre es Liz.

Nos miramos en silencio durante mucho rato, los dos frente a frente, hasta que ella se llevó la mano a los pujantes senos, la introdujo en la cárcel de carne y seda y después la sacó con un rollo de papeles.

—Aquí está la prueba de lo que te digo. El certificado de defunción de mi hermana, año y medio después de que abandonara a su esposo. El certificado está extendido a nombre de Richard Saint Gene, o si tú quieres, Larry Templar como se hacía llamar aquí, y a nombre de Paula Carrigan. Además, también traigo otros que acreditan completamente que yo soy Liz Carrigan.

Di unos cuantos pasos al frente y me planté delante de ella. Sin dejar de mirarla tomé los papeles que me entregaba. Después me volví de espaldas, extraje el Encendedor y les prendí fuego.

—¡Red! ¿Por qué has hecho eso?

Sonreí mientras me volvía hasta encararla.

—No deseo perder más tiempo, monina —dije—, ya que tengo mucho sueño.

Se puso en pie y nos miramos a los ojos. Después corrió hacia mí, y cuando la estreché contra mi pecho y nuestros labios se unieron, el mundo, con sus intereses, sus miserias humanas, su podredumbre, dejó de existir para los dos.

Veinticuatro horas más tarde supe de Prescoe mediante algo muy agradable. Una carta con un talón a mi nombre por un valor de veinte mil dólares. Al día siguiente vino Gale y nos dijo que Della había confesado todo.

Ella fue la que alquiló a tres *gangsters para que eliminaran a*

Larry Templar, temerosa de que éste pudiera contarme muchas cosas, ya que él sabía que Della también tenía un «Mercedes» descapotable. Esto, unido a todo lo ocurrido con el atropello y Liz, casi ponía un broche final a una extraña y sangrienta historia.

Pero Della no fue a la silla eléctrica, ya que días más tarde, y por mediación de Cora, supe que había ingresado en una clínica mental. Y fue entonces, delante de Liz, cuando Cora se decidió a hablar claro contándome los motivos que había tenido para telefonearme.

Ella, como Della y Sheila, también estaba enterada de todo. Por eso, una vez «muerta» Liz, sabiendo que yo andaba como aquel que dice con los ojos vendados, decidí, por amistad a Liz, ponerme sobre la pista del chantajista.

Y de nuevo, aquella noche, ya en casa, al tomar a Liz entre mis brazos, pensé que con aquellos veinte mil dólares podríamos pasamos unas largas vacaciones en Capri.

Y lo hicimos, palabra.

FIN

**FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN**

- REPÚBLICA ARGENTINA:** Editorial Bruguera Argentina
SAFIC, Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.
- BOLIVIA:** Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.
- COLOMBIA:** Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Calle 18,
número 8-64 - BOGOTÁ.
- COSTA RICA:** Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1.924 - SAN JOSÉ.
- CHILE:** Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 355-B
SANTIAGO.
- DOMINICANA:** Librería Amengual - El Conco, 40 - SANTO
DOMINGO.
- ECUADOR:** Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717
y Boyacá - GUAYAQUIL.
- GUATEMALA:** Gilberto Morales - 13 Calle número 5-43
GUATEMALA.
- MEXICO:** Editorial Istacchuatli, S. A. - Avda. Uruguay, 17
MEXICO.
- PANAMA:** Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este
número 5-51 - PANAMA.
- PARAGUAY:** Adolfo N. Buzó - Estrella, 380 - ASUN-
CIÓN.
- PERU:** "Iris, S. A." Egón Rosenfeld - Jirón Moquegua, 336
LIMA.
- PUERTO RICO:** Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsilibros).
- SALVADOR:** Abelardo García Gandía - 2ª Avda. Sur, 520
Edificio Modelo. Apartamientos 304-305 - SAN SALVADOR.
- URUGUAY:** Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485
MONTEVIDEO.
- VENEZUELA:** Distribuidora Continental, S. A. - Ferren-
quín a la Cruz, 173 - CARACAS.

veterano tiene eso
un veterano sabor



VETERANO
ES DE
OSBORNE



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. - Importación en España - Primeros 10.000

